



el caso Manning

joe mogar



COLECCION

PUNTO ROJO



JOE MOGAR

EL CASO MANNING

Colección **PUNTO ROJO** n.º 369

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Déposito legal: B 11.321 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: mayo, 1969

© JOE MOGAR - 1969
sobre la parte literaria

© ALBERTO PUJOLAR - 1969
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.013. — Llamada a un pistolero.

En Colección BUFALO:

393. — Alias, «Pistol Kendal».

En Colección SERVICIO SECRETO:

958. — El crimen del «Jaguar» Rojo.

En Colección CALIFORNIA:

345. — Un garito de cuervo.

En Colección SALVAJE TEXAS:

620. — Un rancho peligroso.

En Colección COLORADO:

541. — Millicent Larkin.

En Colección KANSAS:

567. — El pistolero que surgió de la bruma.

En Colección BRAVO OESTE:

337. — La dama de Montana.

En Colección PUNTO ROJO:

250. — Maten a la heredera.

En Colección ASES DEL OESTE:

521. — Fiebre de venganza.

CAPÍTULO PRIMERO

John Dereck, sentado detrás de la mesa de su despacho, con el humeante cigarrillo colgado materialmente de la boca, pensaba.

No en Velda

O'Mara.

Ni siquiera en la chica del bikini negro del bar de Olsen

O'Neil,

y tampoco en el teniente del Departamento de Homicidios, Mac Harrison.

Meditaba, sí, y sus meditaciones eran completamente irónicas.

Pensaba en la subida de los impuestos, en que los tiempos andaban mal, en que el problema del aparcamiento era un asco, y en que ya se estaba aburriendo de todo.

Es decir, de todo no; quedaba Velda, que era un monumento de mujer.

Algo más alta de lo normal, de pelo y ojos negros, estos últimos grandes, rasgados, misteriosos. Los senos firmes, orgullosos, la estrecha cintura y las firmes caderas, todo esto sobre unas magníficas piernas como él no había visto otras desde que un año atrás la encontrara sentada en uno de los bancos de Central Park.

Y su bonita y tímida sonrisa.

Ésa, en líneas generales, era Velda

O'Hara,

su secretaria.

Un bonito y hermoso decorado para su despacho, y a él, particularmente a él, le gustaban las figuras más o menos decorativas.

Dereck llegaba a este punto de sus pensamientos cuando la puerta que daba a su despacho se abrió suavemente y entonces la vio.

Como siempre, aturdiéndole, desasosegándole con su mirada, y

dedicándole una de sus sempiternas sonrisas.

—Si quitas los pies de la mesa y dejas de fumar unos segundos, si es que verdaderamente lo que estás haciendo es fumar, te diré algo que te interesará.

Sin responder, Dereck depositó los pies en el suelo, se quitó el cigarrillo de la boca y la miró.

—Ahora dame un beso y luego cuéntamelo, Velda.

Ella abrió mucho los ojos con ademán escandalizado.

—¡Pero, John! Que hoy no es martes. No me toca estar sentada en el pico de la mesa para enseñar...

—¿Qué es ello, muchacha? —interrumpió Dereck, sabiendo que de no hacerlo aquello no iba a tener fin.

—¡Oh! Bueno, John, amor, es una mujer. Pregunta si estás o no. ¿Qué le digo?

—¿Cómo es?

—Pelirroja y... tiene más fachada que yo. Y cuidado con sus piernas. No quiero que hagas comparaciones, porque son hermosas. Más que las...

—¡Pero, Velda!

—¡Pero, John! —Remedó ella, dedicándole una nueva y tímida sonrisa y bajando púdicamente los ojos al suelo—. ¿La hago pasar?

—Sí.

—Bueno. Pero... no estaré muy lejos, querido. Contigo nunca se sabe.

Salió dejándole solo, y pensando en que había dicho toda una verdad.

Desde que le conociera, nunca lo había sabido, aunque sí estaba segura de una cosa; de que era absurdamente feliz al lado de aquel hombre, y que cierta parte de su pasado, si no olvidado del todo, sí se iba borrando poco a poco de su mente.

Excepto cuando pensaba mucho en el teniente Mac Harrison.

Cuatro minutos más tarde, Velda abrió una vez más la puerta que daba acceso al despacho particular de John Dereck.

—Miss Blair... —anunció.

Le lanzó una mirada de través, aprovechando que ella no le veía, y que por tanto, nada tuvo de tímida, dio media vuelta y desapareció dejándolos solos, cerrando la puerta a su espalda.

Velda tenía razón. Mientras la miraba, Dereck lo pensaba así.

Pelirroja y de ojos verdes. Piernas y curvas que mareaban. Una boca roja e incitante. Sí, incitante, cien por mil.

La continuaba mirando de pies a cabeza, con todo descaro, cuando ella le sacó de su observación al preguntar:

—Usted es John Dereck, ¿verdad? Por lo menos eso fue lo que me dijo su secretaria...

Transcurrieron unos segundos de silencio y al fin, Dereck pudo articular, aunque con la boca llena de lija:

—Sí, yo mismo —respondió—. Pero, pase, por favor...

Dereck dejó que sus ojos patinaran unos segundos por sus mareantes curvas y a continuación señaló uno de los sillones, pensando en que se estaba comportando como un grosero ya que no se había levantado para recibirla.

—Tome asiento, ¿quiere?

Lo hizo.

Cabalgó una pierna sobre la otra, con desenfado, y él apartó los ojos de donde no debía, y añadió sin mirarla, y en vista de su silencio:

—Usted dirá, *miss* Blair. Es así como mi secretaria dijo que se llamaba usted, ¿verdad?

De dieciocho a veinte años. Y toda una mujer con todo lo que una... Fue una pena. Dereck se encontraba en lo más interesante, haciendo cábalas y más cábalas, sobre bikinis, chicas en calendarios, cuando ella dio la contestación, interrumpiendo sus pensamientos:

—Whanda Blair, mister Morgan. —Hizo una pausa que Dereck no rompió y añadió a continuación—: Necesito protección.

Dereck hubiera esperado todo menos aquello, porque, si acaso, el que la necesitaba era él, u otro hombre cualquiera que se encontrara en su caso, y por el simple hecho de encontrarse al lado de ella.

Lo pensó así, pero lo que dijo fue:

—¿Protección? ¿Contra quién, *miss* Blair?

Whanda hizo una mueca con sus rojos labios y replicó:

—No la pido para mí. Se trata de una amiga mía, ¿comprende? Está recibiendo anónimos que amenazan su vida.

—¿Por qué no acude a la policía?

Dereck frunció el ceño al formular la pregunta mientras que el

nombre del teniente Mac Harrison saltaba a su mente, de un modo no muy agradable, por cierto.

Entretanto, ella se movió inquieta sobre el sillón, poniendo aún más de manifiesto todo lo que de fantástico tenía encima.

—No, Paula no quiere. Tampoco sabe que estoy dando este paso, y si se entera, me despediría.

Dereck extrajo el paquete de cigarrillos, le ofreció uno que Whanda aceptó, y acto seguido los encendieron.

—A ver si la entiendo a usted, *miss* Blair —dijo—. Usted desea contratarme para que descubra a la mujer o al hombre que amenaza la vida de una tal Paula, ¿no? ¿Qué significa para usted?

Sonrió, y Dereck se dijo que tenía los dientes blancos y tan bonitos como todo lo demás.

—Ella es la que paga, mister Dereck. La que me paga a mí. Soy secretaria particular suya y... —Calló durante unos segundos y después añadió—: Se trata de Paula Richarson. Creo que usted ya sabrá quién es, ¿verdad? Todo el mundo lo sabe en Nueva York, y tal vez en muchos sitios más. Tal vez por eso no desee acudir a la policía o quizá esos anónimos constituyan una nueva diversión para ella, aunque yo tengo miedo. Por eso deseo que descubra a la persona que se los envía. Le pagaré lo que me pida por ese trabajo. Paula paga bien y...

Dereck no la escuchaba. Su mente, en aquel momento, trabajaba a toda presión.

Claro que conocía a Paula Richarson. ¿Y quién no en Nueva York? Todo el mundo la conocía, y la despreciaban, sobre todo si pensaban como él.

Paula trabajaba en la televisión. No es que fuera una artista, no. Paula presentaba un programa cara al público, en el cual sacaba a relucir los trapos limpios y sucios de todos cuantos tenían algo que ocultar.

Era, entre otras cosas, una mujer sensacional, como la muchacha que tenía frente a sí mismo, ahora cabalgando la bien torneada pierna sobre la otra.

—¿Acepta hacerse cargo del asunto, míster Dereck?

Pensó en Velda. Y en que no le gustaba el asunto, por el mero hecho de que tampoco le gustaba Paula, pero a pesar de sus propios y contradictorios pensamientos, preguntó:

—Antes deseo que me diga una cosa, *miss* Blair. ¿Qué programa tiene Paula en preparación?

—No veo que...

Dereck la interrumpió con un gesto.

—Escuche, *miss* Blair —añadió—. Si de verdad desea que me haga cargo de esto, tendrá que contestar a todas mis preguntas, y con la verdad. El próximo programa de *miss* Richardson puede ser un buen motivo, sobre todo si es como los demás, ¿no?

Frunció el ceño y se puso en pie.

—¡Es usted...!

—Un tipo al que le gusta llamar las cosas por su nombre, preciosa, casi tanto como jugarse el cuello por algo que merezca la pena. Por tanto, si espera algo de mí, dígame la verdad, y también me lo jugaré por usted o por Paula Richardson.

Vaciló. Vaciló mucho, mientras que sus grandes y rasgados ojos se clavaban en los de Dereck, hasta que por fin contestó:

—Paula va a presentar, dentro de una semana a Lana Barris. Va a decir la verdad sobre ella —y añadió antes de que él pudiera interrumpirla—: ¿Se acuerda del proceso Barris, mister Dereck?

Dereck se inmovilizó, víctima de la sorpresa.

Desde luego lo recordaba con la misma claridad que si hubiera ocurrido el día anterior y no hacía tres años.

Lana Barris, una famosa artista de la canción, había tenido un lío con un tal Alfred Manning y otra muchacha.

Una muchacha que murió.

Manning, que se suicidó antes de que la policía pudiera detenerle, y Lana, que desapareció de escena desde el mismo momento en que terminó el juicio y de la cual no se había vuelto a saber nada, hasta el momento presente.

Dereck interrumpió el hilo de sus pensamientos para replicar:

—¿Quiere decir, *miss* Blair, que Paula sabe dónde se encuentra Lana Barris?

—¡Claro que lo sabe! Si no...

Dereck la interrumpió una vez más, y con una pregunta:

—Y usted, ¿sabe dónde está?

Whanda le miró dubitativa, y contestó:

—No, mister Dereck. No lo sé.

—Pues tendrá que enterarse, *miss* Blair —replicó Dereck con

perfecta calma—. Sospecho que voy a necesitar esas señas.

—¿Por qué?

—Escuche, preciosa, tengo que atar cabos, ¿sabe? Pero si no puede o no quiere proporcionármelas, será mejor que se busque a otro.

—Si se las doy, Paula se enterará de ello y yo me veré sin empleo. Los tiempos no están para...

—Ya lo sé, *miss Blair*. Pero Paula no lo sabrá. No, por mi boca.

—Aún así, ¿no puede decirme qué papel tiene Lana Barris en todo esto?

Dereck la miró en silencio durante unos segundos y respondió:

—Eso es lo que voy a tratar de averiguar, querida —dijo—. Por tanto...

Whanda le interrumpió a su vez:

—Venga mañana sobre las diez y le daré las señas.

No le explicó cómo iba a hacerlo, si la Richarson las guardaba, ni Dereck preguntó, aunque sí formuló una nueva pregunta:

—¿A dónde debo ir, *miss Blair*?

Whanda se puso en pie y Dereck la imitó, sintiendo en extremo que ya no le ofreciera el espectáculo de sus maravillosas piernas cubiertas de caro nylon, y a despecho de la propia Velda.

—Al número 1017 de la calle Dieciséis, míster Dereck. Como ve, bastante cerca de su despacho —replicó—. Es un edificio destinado a oficinas. El piso es el veintisiete A. En cuanto a sus honorarios...

Dereck la interrumpió una vez más.

—Le pasaré la nota al final de todo esto, *miss Blair* —dijo.

Sin responder, Whanda le tendió la mano y se fue dejándole solo.

Apenas lo hubo hecho, Dereck se despojó de la americana, se aflojó el nudo de la corbata, tomó la botella de *whisky* del cajón central de la mesa y, después de sentarse, colocó los pies sobre la misma.

Bebió un poco y a continuación cerró los ojos. Pensaba en la fascinante pelirroja, pero cuando los abrió, fue para tropezarse con el misterioso negro de los ojos de Velda, y con una de sus sempiternas y tímidas sonrisas.

Velda que se sentó en el brazo del sillón que ocupaba, y que le rodeó el cuello con uno de sus brazos.

—¿Qué quería esa pájara, John? —preguntó antes de besarle en los labios.

Pensaba en Velda, a la que había dejado en un pequeño restaurante de Broadway, mientras conducía hacia la calle Dieciséis.

En ella, en la subida de los impuestos, en el precio de la gasolina, y, ¿por qué no?, en el bikini negro de la chica del calendario del bar de

O'Neill.

Todo un decorado. El mejor que él había visto en mucho tiempo... pero antes de conocer a Velda.

Y continuó pensando, sin salirse del tema, cuando estacionó el «Cadillac» frente al número 1017 de dicha calle.

La cruzó, después la acera, y penetró en el interior del edificio.

No preguntó al portero. Rectamente se encaminó a las tablillas indicadoras, y por mediación de aquéllas, pudo apreciar que Whanda Blair le había dicho la verdad.

Dereck se encaminó ahora hacia el ascensor y subió hasta el piso veintisiete.

Avanzó por el pasillo buscando la letra A, y, una vez frente a la puerta, levantó el brazo y pulsó el zumbador.

Unos segundos más tarde abrieron la puerta y vio a una doncella.

Casi una chiquilla... y se le olvidó preguntar. De nuevo, una vez más, Dereck comparaba decorados, y tal vez carrocerías.

Hasta que ella interrumpió los símiles cuando preguntó:

—¿Qué desea?

Dereck la miró como debe hacerlo el que desciende de una nube o de otro planeta y respondió:

—Soy amigo de *miss* Blair. ¿Quiere avisarla? Me está esperando.

Le dedicó una sonrisa, como si sus palabras la hubieran conquistado, pero respondió de un modo que le dio a entender que aquello no había ocurrido, ni mucho menos:

—Dígame su nombre y veré si es verdad que *miss* Blair es amiga de usted.

Dereck arqueó levemente una de sus cejas y respondió:

—De acuerdo, muchacha.

Y continuó mirándola de pies a cabeza, cuando, después de

introducirle en la antesala, se alejó para, a continuación, desaparecer por una de las dos puertas que había frente a él.

Regresó al cabo de tres minutos justos.

Contoneándose como una pequeña diablesa, haciendo que los ojos de Dereck relucieran de un modo desacostumbrado.

—*Miss Blair le espera, míster Dereck* —dijo apenas llegó a su lado.

Dereck se levantó del sillón en que se había sentado y la enfrentó.

—¿Quiere pasar por aquí?

Fue tras ella, y mientras lo hacía, pensó una vez más en Velda O'Hara,

y en lo que diría el teniente Mac Harrison cuando supiera que, una vez más, se había hecho cargo de un caso.

Se encontraba pensando en aquello cuando la doncella se detuvo frente a una puerta, sin que Dereck supiera cómo había aparecido frente a ellos dos.

—Es aquí, míster Dereck —dijo.

Y se fue antes de pudiera darle las gracias.

Entró sin llamar.

Whanda Blair se encontraba sentada detrás de una enorme mesa despacho, cabalgando una pierna sobre la otra, en un impresionante espectáculo de nylon:

Avanzó hacia la mesa.

«*Miss Seriedades*» no se movió, no cambió de postura, no sonrió. Permaneció en el sillón, frente a él, completamente inmóvil, como una esfinge.

Quizá por eso, mentalmente, Dereck la llamó así.

Y tampoco pronunció palabra, por lo que ambos se miraron en silencio por espacio de varios segundos, hasta que ella lo rompió.

—Tengo esas señas, míster Dereck —dijo, mientras le tendía un papel doblado por la mitad—. Guárdelo, y, por favor, márchese pronto. *Miss Richarson* está aquí, en el despacho contigo.

—¿Dónde nos veremos? —preguntó Dereck—. Lo digo por si la necesito para algo.

—Telefonaré yo a su oficina, tal vez hoy mismo —respondió.

Dereck se volvió hacia la puerta, y eso fue todo por el momento.

—Escucha, Whanda, el asunto de...

La voz de mujer se interrumpió, tal vez menos de un segundo, y luego añadió:

—¡Oh! Perdonen. No sabía que tenías visita.

Dereck se volvió a la inversa.

Paula Richarson era morena, lo mismo que Velda. De pelo corto y rizado, y con un rostro hermoso y vivaz. Sensual, lo mismo que sus grandes y almendrados ojos pardos. Sólo en eso, en los ojos, se diferenciaba de Velda.

Vestía ligera blusa, con escote en «v», una estrecha falda de las llamadas de tubo, ceñida a sus caderas en forma inverosímil, delineando perfectamente los largos muslos, y zapatos de alto tacón. Mareaba. Un diablo con falda corta y piernas de ensueño.

Eso era Paula Richarson, o, por lo menos, eso fue lo que Dereck pensó, apenas si sus ojos terminaron con el escrutinio de su explosiva figura.

Y ya no pudo continuar pensando porque en aquel momento, Whanda intervino, cortándolos en aquel punto:

—Es un amigo mío, *miss* Richarson. John Dereck ha venido porque anoche le di plantón. Temamos una cita y...

—Está bien, Whanda —cortó Paula.

Saludó a Dereck con una inclinación de cabeza y desapareció por la misma puerta por la que había aparecido.

Whanda se puso en pie y fue a su lado.

—¿Va a ir a ver a Lana? —preguntó en un susurro.

—Sí —respondió Dereck—. Ahora mismo.

Hubo una corta pausa entre los dos, que Whanda rompió.

—Bueno... Pero... No le entiendo a usted, míster Dereck. ¿Qué tiene que ver Lana con las amenazas y con los anónimos que recibe Paula?

Dereck no respondió a su pregunta.

Deseaba hacerlo por algunas razones. Lana tal vez no tuviera nada que ver con aquello, pero ella podía contestarle acertadamente a algunas preguntas que pensaba hacerle si, como creía, las amenazas eran porque Paula iba a presentarla en televisión, en uno de sus programas.

La verdad sobre la vida de Lana. La verdad... ¿Qué verdad? ¿El suicidio de Manning o la muerte de aquella otra muchacha?

Lana podía decirle, si quería, quiénes eran las otras personas que

aquella noche se encontraban con ella. Quizá Paula también lo supiera, pero Dereck no quería preguntarle nada al respecto.

—Voy a irme ahora, *miss Blair* —dijo por toda respuesta.

Y de nuevo la miró de pies a cabeza, unos segundos antes de volverse definitivamente hacia la puerta. Whanda le dejó ir sin moverse del sitio donde se encontraba en aquel momento.

Utilizó la escalera para descender hasta la planta baja, y cuando se vio en el interior del coche, miró el papel que ella le había dado.

Calle 13 Este, número 480, apartamento

19-B.

Había una nota que decía que se hacía pasar por una tal Hellen Drew.

Dereck sonrió cuando puso el coche en marcha. Y cosa rara, ni pensaba en Velda, ni en la chica del calendario de marras.

Lo estaba haciendo en Whanda, diciéndose que era una buena secretaria.

Media hora más tarde detuvo el coche frente al número indicado, cruzó la calzada y penetró en el portal.

Como Whanda había dicho, una tal Hellen Drew vivía allí, y al instante, Dereck se preguntó si efectivamente se trataría de la artista Lana Barris. Una artista que dio mucho que hablar, y no precisamente por sus piernas, sino por otras muchas cosas más que nada tenían, que ver con aquello.

Lana era, entre otras cosas, la secretaria particular de Manning.

Dereck tomó el ascensor hasta el séptimo piso y, una vez en el pasillo, buscó el apartamento

19-B.

Llamó con los nudillos y esperó. Al cabo de un par de minutos, llamó otra vez y luego, impaciente, alargó la mano y pulsó el botón del zumbador.

Después ya no supo lo que pasó, por lo menos de momento.

Algo estalló frente a él, la puerta desapareció envuelta en humo, y Dereck se vio lanzado hacia atrás por la fuerza de la explosión. Luego, lo único que recordó es que se puso en pie y comenzó a sacudirse el polvo que casi le cubría por completo.

CAPÍTULO II

Hecho esto, aturdido aún, Dereck avanzó hacia el hueco que había dejado la puerta y lanzó una mirada al interior, sin lograr ver nada, como no fuera humo y polvo, dentro del apartamento, mientras que detrás de él, y a todo lo largo del pasillo, las puertas de los restantes empezaban a abrirse, dando paso a rostros asustados.

Dereck se volvió a mirar e hizo una mueca. Pensaba en el teniente Mac Harrison.

—Si alguien tiene un teléfono —dijo— ruego avise a la policía. Ha ocurrido un accidente.

Y se quedó en la puerta, vuelto de espaldas al hueco de la misma y esperó.

Fue muy poco. Menos de diez minutos.

Repentinamente y, cuando terminaba de encender un cigarrillo, oyó las sirenas de la policía, y una vez más pensó en el teniente Mac Harrison.

Un tipo alto, macizo, y que podía ser inteligente si no tratara de cargarle a él todos cuantos asesinatos se cometían a diario en Nueva York.

Dereck sabía que de aquello también le iba a culpar.

Se retrepó contra el marco de la puerta, hasta que oyó el ruido del ascensor. Unos segundos más tarde les tenía frente a él. Y como esperaba, el ceño de Mac Harrison, al verle, presagió tormenta, mientras que tres de sus hombres hacían entrar a los inquilinos en sus respectivos apartamentos.

Por fin, cuando quedaron completamente solos, Mac Harrison preguntó llevando una mefistofélica sonrisa en la boca:

—¿Qué es lo que ha pasado? ¿Qué es lo que hace aquí? Supongo que tendrá una explicación para esto, ¿no, Dereck?

Dereck le dedicó la mejor de sus sonrisas.

—Tenía una cita con la chica que vivía aquí, teniente. Vine a verla, toqué el timbre, y todo voló por el aire.

—Sí, ¿eh?

Sin hacer caso, Dereck añadió:

—No he querido entrar hasta que no lo hiciera alguien de la policía, Mac Harrison. Y no he tocado nada, excepto el timbre, como ya le he dicho. Por tanto...

Se volvió hacia sus hombres y Dereck se interrumpió.

—Vamos —dijo—. Y usted —añadió— no se mueva de aquí hasta que terminemos. Eso...

—O perderé mi licencia —le interrumpió Dereck—. No lo repita, que ya lo sé, teniente.

Pero se lo prometió mientras su cerebro trabaja a marchas forzadas. Pensaba en Paula y en Whanda, y ahora no comparaba decorados.

Era otro el motivo que guiaba sus pensamientos.

Los policías de uniforme empezaron a abandonar el apartamento y a encaminarse hacia el ascensor, hasta que finalmente lo hizo Mac Harrison.

Y en el acto le enfrentó.

—Esa chica, ¿cómo ha dicho que se llamaba, Dereck? —preguntó balanceándose sobre las punteras de los pies, según costumbre.

Dereck sonrió.

—No se lo he dicho, teniente —respondió—, pero voy a decírselo. Se llama o se llamaba Hellen Drew.

Mac Harrison frunció el ceño, quedó pensativo unos segundos, y preguntó:

—¿Cómo era, Dereck?

Se estremeció sin poderlo evitar.

No es que tuviera miedo de que Mac Harrison, igual que otras veces, pudiera culparle de nada, pero no deseaba referirse a Paula ni a Whanda, por lo menos hasta que no hubiera hablado con ellas.

Sin saber cómo se encontró pensando en Velda y entonces aventuró una respuesta:

—Rubia. Rubia y muy hermosa.

Mac Harrison le miró suspicaz.

—Sí, Dereck —respondió—. Era rubia. Encontramos unos pelos

pegados a una de las paredes. Por esta vez, el forense no encontré donde trabajar. —Hizo una ligera pausa que Dereck no interrumpió, y disparó—. Y dígame, ¿dónde la conoció?

La sonrisa de Dereck se amplió y volvió a mentir como un bellaco:

—En un bar de esta misma calle, Mac Harrison —dijo—. Vinimos a este mismo apartamento, ¿comprende? Hoy vine a verla. No sé... Bueno, aún no me explico cómo ha podido ocurrir esto.

—Pues yo sí, Dereck —replicó Mac Harrison secamente—. Alguien conectó una bomba de fabricación casera en el circuito del timbre y usted la voló en pedacitos.

Dereck notó mal sabor de boca mientras que su estómago protestaba airadamente de aquello.

Las palabras de Mac Harrison, traducidas en una nueva pregunta, cortaron aquella protesta:

—¿Qué sabía de ella, Dereck?

Dereck frunció el ceño.

—Nada, polizonte. Nada que pueda ayudarle a usted. Ya sabe cómo son estas cosas, ¿no? Conoces a una mujer, intimas con ella y ya no te preocupas de nada más.

Hubo unos segundos de silencio, en el transcurso de los cuales Dereck le adivinó tenso y expectante, esperando tomarle en una contradicción, en un renuncio.

Hasta que el propio Mac Harrison lo rompió, con una pregunta más:

—¿Y todo esto a pesar de Velda

O'Hara,

Dereck?

Dereck hizo una mueca.

—Escuche, teniente, y con ésta creo que ya son varias las veces que se lo digo en el transcurso de nuestra mutua amistad —recalcó con ironía—, deje en paz a *miss*

O'Hara

y será mejor para todos, ¿no?

Por un breve espacio de tiempo, Mac Harrison dio la callada por respuesta.

Luego, cuando unos segundos más tarde contestó, su voz y sus ojos estaban fríos:

—De acuerdo por ahora, Dereck —dijo—. Pero de antemano le aviso que voy a tratar de comprobar su historia, y pido porque no me haya mentido. Si lo ha hecho, terminaré con usted. Sabe que le tengo ganas, y no de ahora, pesquisa.

—Le he dicho todo cuanto sabía.

—Quizá, pero le conozco demasiado bien, aunque esta vez puede que me haya dicho la verdad. Por eso deseo comprobar todo esto. Su afición a las mujeres le han metido en más de un lío. —Estaba pensando en Velda

O'Hara

cuando dijo aquello, pero no la mencionó, ni aun cuando añadió tras una ligera pausa, que Dereck no interrumpió—: Éste puede ser otro, como también puede ser que...

Mac Harrison se interrumpió, momento que Dereck aprovechó para decir:

—¿Qué es lo que puede ser, según usted, Mac Harrison?

—Que alguien le encargara algo sobre esa chica, y por eso se encuentra usted aquí. ¿Es cierto o no, Dereck?

—Creo que está desvariando, teniente —respondió Dereck lo más fríamente que pudo—. Y ahora, si ha terminado de considerarme sospechoso de algo, ¿me puedo ir?

Y ante el estupor del propio Dereck, Mac Harrison respondió:

—¿Por qué no, pesquisa? Perdió a su nueva chica y ahora está triste, ¿no? Por tanto puede irse si lo desea.

Dereck le miró a los ojos. Su semblante estaba serio, pero en lo más profundo de aquéllos había unas chispitas burlonas, y no le gustó.

Le conocía bien para saber que de todo lo que le había contado, el teniente no creía ni una sola palabra.

Desde luego, hubiera ocurrido lo mismo de decirle la verdad.

Mac Harrison tenía por norma no creer nada de cuánto Velda o él pudieran decirle.

Por tanto, si ahora le dejaba ir, era ni más ni menos para tomarse un tiempo durante el cual comprobaría toda su historia, y luego le haría pasar un mal rato. Y disfrutaría con ello, si lo conseguía, como jamás había disfrutado.

A pesar de aquello, Dereck aprovechó gustosamente la ocasión que le brindaba.

—De acuerdo, teniente. Me voy, ya que aquí prácticamente nada me queda por hacer —le saludó con la mano y añadió—: Espero que nos volvamos a ver, teniente.

La voz de Mac Harrison parecía papel de lija cuando respondió:

—Tenga por seguro que será así, Dereck.

Dereck no contestó a sus últimas palabras.

Se limitó a volverse en redondo y le dejó solo, seguramente esperando a alguien del Departamento de Homicidios, para arreglar y precintar aquella puerta.

Luego empezaría a moverse rápidamente, por lo que a él le tocaba hacerlo aún más rápidamente, si no deseaba, como ya había pensado, tener un disgusto.

Dereck alcanzó la calle y después el «Cadillac». Embragó. Empezó a conducir. Conducía y pensaba.

Dos cosas tenía que hacer, lamentando no poder hacerlas al mismo tiempo.

—Tenía que ver a Velda. Tenía que hablar con Whanda, y ahora también con Paula, y lo sentía por la primera.

Dudando también. Dudando de ver primero a Whanda, y con ello una vez más la fantástica fachada de Paula Richardson o, como había pensado antes, a Velda.

Fiaba mucho en la intuición de Velda y, más que en esto, en su conocimiento del mundo del hampa.

Quizá por eso mismo la molestaba muy poco al respecto, pero ahora no tenía más remedio que hacerlo.

Velda podía saber algunas cosas de Manning o de Lana Barris.

Velda, además de ser su secretaria particular, también era una hermosa cajita de sorpresas.

Tras mucho dudarlo, Dereck optó por ello. Iría primero a ver a Velda y más tarde a Paula y a Whanda.

Al obrar así, Dereck tenía una idea.

Velda, con sus conocimientos del hampa, como ya se ha dicho, podía, si es que en realidad sabía algo, decirle todo lo relacionado con el asunto de Lana Barris y con los personajes que intervinieron en aquel oscuro caso de años atrás.

Dereck detuvo el coche en el lugar pertinente, frente a la puerta del edificio de la calle 16 donde tenía su bien montado despacho, atravesó la acera, entró en el portal y avanzó rectamente hacia el

ascensor.

Tres minutos más tarde se encontraba andando por el pasillo, y dos después frente a la puerta de su propia oficina, en cuyo opaco cristal, en negras y grandes letras, podía leerse:

JOHN DERECK-AGENCIA DE DETECTIVES

Investigaciones privadas

Entren sin llamar

Dereck empujó la puerta y entró. Sabía lo que iba a ver apenas cruzara la puertecilla de cristales y no se equivocó, porque detrás de la elegante mesa-despacho, con las hermosas piernas cruzadas con desenfado, se encontraba Velda.

Velda, en toda su espléndida hermosura.

Velda que se puso en pie, rodeó la mesa, y salió a su encuentro dedicándole una de sus frecuentes, bonitas y tímidas sonrisas, que tanto gustaban a los hombres.

—¡Oh, John! Pero... ¿Cómo es que has vuelto tan pronto?

—¿Te molesta? —preguntó él, tomándola por la cintura.

—¡Pues claro que no, tonto! ¿Es que no sabes que me aburro sola? No ha venido ni un solo cliente, y eso que me senté en el pico de la mesa mostrando mis hermosas piernas a... la pared. Y es decepcionante, queri...

—¡Velda!

—¡John!

Hubo un silencio que duró unos escasos segundos.

Dereck se dejó caer pesadamente sobre uno de los sillones y ella le miró con gesto especulativo hasta que exclamó:

—¿Qué te ocurre, querido? ¿Ya no te gustan mis piernas o has visto un fantasma?

Dereck soltó una maldición y ella alegró el cascabeleo de su risa que inundó el despachito con sus notas de cristal.

Luego compuso el gesto y exclamó:

—Pero, John, ¿qué modales son éstos? ¿Es que no te das cuenta de que estás en presencia de una dama?

Dereck se comió la nueva maldición que iba a brotar de sus labios, pero sí dijo:

—¿Quieres irte al diablo de una vez, Velda querida?

—¡No! ¡Claro que no! Pero... pero... ¿Por qué eres tan malo con

la pobrecita Velda? ¿Qué..., qué quieres que haga yo en un sitio como...?

Y también una vez más desde que se conocían, Velda calló al ver la expresión de los ojos grises de Dereck, y fue a sentarse en el brazo del sillón que él ocupaba.

—¿Qué es ello, John? —preguntó suavemente desviando los ojos de los suyos y clavándolos púdicamente en la puntera de uno de sus zapatos de alto tacón.

Dereck dudó unos segundos y por fin respondió:

—No sé a qué te refieres, querida.

Y al instante vio los obsesionantes ojos negros fijos, muy fijos en los suyos.

—¿No? Pero, John, ¡te creí un pesquisa inteligente! ¡No vayas a decepcionarme ahora, por favor!

Le dedicó una sonrisa, que ahora no tuvo nada de tímida, y añadió en vista de que él continuaba callado:

—Apuesto a que es por causa de esa pájara, ¿no?

—¡Velda!

—Bueno, de esa *miss* Whanda Blair. ¿Qué es lo que ocurre con ella, John, amor? ¿Acaso no permitió que la besaras? Mira que son estúpidas algunas mujeres, ¿verdad queri...?

—¿Puedo saber cuándo vas a hablar en serio?

—Tan pronto como me siente en el pico de la mesa, como figura decorativa, y consiga que no compares mi... mi... carrocería con la chica del bikini del bar de O’Neill.

—¿Puedes hacer el favor de...?

Velda hizo un gesto con la mano y Dereck se interrumpió:

—De acuerdo, querido —dijo—, ahora mismo. Vamos, cuéntale tus penas a la pequeña Velda O’Hara.

¿Qué fue lo que ocurrió?

Dereck la miró atentamente, pero no pudo averiguar si de nuevo se le burlaba.

Por tanto ante la inutilidad de su esfuerzo, contestó:

—¿Puedes traerme un *whisky*, Velda, amor?

Sin responder, ella se puso en pie, dio media vuelta y desapareció por la acristalada puerta en dirección al despacho

privado de Dereck.

Regresó al cabo de tres o cuatro minutos llevando en las manos dos altos vasos más que mediados de licor. Le dio uno, ocupó su sitio en el brazo del sillón, y con la falda muy por encima de los largos y bien torneados muslos, le miró, esperando.

Y le vio vacilar, preguntándose por qué.

Hasta que después de beber un largo trago, Dereck empezó a hablar:

—Acabo de matar a una mujer, Velda. Una tal Lana Barris... Una mujer que de un modo u otro se relacionaba con un tal Man...

Velda no se movió, pero su rostro tomó el color de la nieve.

—¿Cómo..., cómo fue, John? Yo... yo...

Dereck la miró, e hizo un esfuerzo por no reír.

—Perdona, muchacha —dijo— me expresé mal. Verás...

Lentamente se lo explicó todo, y cuando terminó, el hermoso rostro de ella se había nublado, y no tuvo dificultad alguna en adivinar lo que estaba pensando.

Velda

O'Hara

recordaba su pasado, y con él, al teniente Mac Harrison.

No dijo nada empero. También esperaba a que ella dijera alguna cosa. Pero Velda no lo hizo. Se limitó, en silencio, sin desviar sus negros ojos de los suyos, a llevarse el vaso a la boca y a beber lentamente sin dejar de mirarle por encima del borde del cristal.

Al terminar, Dereck formuló una pregunta en vista de que continuaba callada.

—¿Conoces el caso, Velda?

La sonrisa de Velda fue mucho más tímida que nunca cuando contestó:

—No, no mucho, John, amor, pero sí algo.

—¿Y qué es ello si puedo saberlo?

—Bueno, la verdad... En fin, sólo una cosa. Que hay algo muy sucio en la muerte de esa muchacha y en el suicidio de Manning.

—¿Nada más?

—Por el momento nada más.

—¿Qué quieres decir?

Velda vaciló y al fin contestó, segura de la respuesta que iba a recibir:

—Que si lo deseas, puede averiguarlo.

—¡No! De ningún modo, querida, ¿entiendes? No quiero que te metas en dificultades. La policía me viene pisando los talones en este asunto, pero aun así... No lo deseo, Velda. Si te ocurriera algo, jamás me lo perdonaría.

Siguió un silencio que se hizo tenso, en el transcurso del cual ella no dejó de observarle, y que rompió.

—Te enamoraste de mí, ¿verdad, John?

Dereck se puso en pie.

—¿Y a ti qué diablos te importa, Velda?

Le sonrió, con aquella sonrisa tan tímidamente suya, y contestó:

—Es verdad. ¿Qué puede importarme a mí, si ya te tengo? Y... y... yo, con que me dejes amarte, tengo suficiente.

Dereck se acercó, abrió la boca para decir algo, y ella, adivinando, se la tapó con uno de sus largos y bien cuidados dedos, rematados de uñas rojas.

—No lo digas, John —pidió en un susurro—. No lo...

—¿Todavía atormentándote por el pasado, Velda? Pues olvídalo, y cuando lo hayas conseguido, dímelo y nos casaremos.

Ella prefirió callar. Pero no se pudo contener cuando Dereck se acercó a la puerta y la abrió de par en par.

—¡Pero, John! ¿Es que ya te marchas?

—Tengo un asunto pendiente, muchacha.

—Entonces... ¿A quién le muestro mis piernas si me da por sentarme en el pico de la me...?

—¡Al mismo diablo, querida! —Fue la consoladora respuesta que obtuvo de Dereck un segundo antes de que éste cruzara el umbral, desapareciendo de su vista sin darle tiempo a que pudiera contestarle.

Salió a la calle pensando en ella, en las palabras que habían cruzado y sonrió.

Pero dejó de hacerlo cuando empuñó el volante y condujo hacia el número 1017 de aquella misma calle.

Dereck utilizó el ascensor para subir. Pensaba en Paula Richarson y en Whanda Blair cuando levantó el brazo y pulsó el botón del zumbador.

CAPÍTULO III

Le abrió la misma doncella de la primera vez.

—Deseo ver a *miss* Blair —dijo mirándola con todo descaro.

—Le avisaré, míster Dereck. Pase, por favor.

Entró. Y sus ojos patinaron una vez más sobre su espléndida figura, cuando dio media vuelta y se alejó hacia el interior, dejándole solo.

Tres minutos más tarde la tenía de nuevo frente a él, y entonces le sonrió. La muchacha, según la opinión particular de Dereck, tenía una bonita sonrisa que hacía un juego fenomenal con todo lo demás.

—Venga conmigo, míster Dereck —dijo—. *Miss* Blair le está esperando.

Dereck fue tras ella.

Exactamente noventa o noventa y cinco de cadera.

Repentinamente tuvo que dejar de pensar en medidas más o menos interesantes para centrar su atención en Whanda, que en aquel momento se ponía en pie, rodeaba la mesa y se le acercaba, igual que siempre, sin una sola sonrisa.

Antes de detenerse, casi rozándole, se volvió hacia la doncella.

—Puede marcharse, Marga —dijo—. Ya la llamaré si la necesito.

Se fue y ambos quedaron frente a frente.

Y fue ella la primera en romper el silencio con una pregunta:

—¿Por qué ha venido aquí? Le dije que ya...

La interrumpió con un gesto.

—Escuche, preciosa. ¿Dónde se encuentra Paula Richardson?

—¡Eh! ¿Para qué quiere saberlo?

—Tengo que hablar con ella. Eso es todo.

—Todo, no. ¿Olvida que yo le contraté y puse como condición que no...?

—Ahora tiene que saberlo, querida —le interrumpió de nuevo—.

¿Está aquí?

—¿Por qué tiene que saberlo?

Dereck no vaciló en dar la respuesta:

—Lana Barris ha muerto. Toqué el botón del timbre de su apartamento y voló en pedacitos.

E hizo con las manos un gesto expresivo, mientras Whanda palidecía, dando dos pasos hacia atrás. Se detuvo, elevó las manos a la altura de los senos, y susurró:

—Es..., es horrible. Pero ¿Paula...?

—Ella comprenderá, Whanda —dijo, llamándola por su nombre, lo que hizo que frunciera el ceño—. Llámela. ¿O prefiere que antes que yo se presente la policía? Sí es así...

Le miró y Dereck se interrumpió para observarla a su vez.

Vacilaba. Hasta que repentinamente tomó una decisión.

—De acuerdo.

Pasó por su lado, envolviéndole en su cálido perfume, fascinándole con sus felinos movimientos, y desapareció por una puerta de cristales.

Unos minutos más tarde reapareció con aquel monumento de pelo corto, negro y rizado, llamada Paula.

—Whanda me ha dicho que usted desea hablar conmigo —dijo, apenas entrar.

Dereck la miró, y, a juzgar por su expresión, comprendió que no se había atrevido a contarle los motivos de su visita.

—Soy detective privado, *miss* Richarson —dijo apartando los ojos de Whanda y fijándose en ella—, y deseo hacerle unas cuantas preguntas.

No le respondió. Se limitó a encarar a Whanda y entonces exclamó:

—Te dije que no lo hicieras, Whanda. Te lo advertí. Mi vida privada me pertenece a mí...

—Por favor, Paula...

Abrió la boca para hablar, para responder a Whanda, pero Dereck se adelantó a sus deseos.

—Creo que no me ha entendido bien, *miss* Richarson. Las preguntas que tengo que hacerle nada tienen que ver con usted, ni posiblemente con *miss* Blair.

Arqueó una de sus maravillosas cejas, dio media vuelta de sus

zapatos de alto tacón hasta el artístico peinado que llevaba. Y le sonrió cuando la miró a los ojos.

—Se trata de ese programa que está preparando para la televisión, *miss* Richarson.

Arqueó la otra ceja, bajó los ojos para mirarse las preciosas y desnudas piernas, y luego preguntó:

—¿Sí...? ¿Y a qué programa se refiere?

Le gustaba jugar al gato y al ratón. Le gustaba jugar a muchas cosas, pero se daba el caso de que el juego también le gustaba a Dereck.

Y se lanzó a fondo mientras Whanda les observaba en silencio:

—Del de Lana Barris. Deseo hacerle unas cuantas preguntas, respecto a ella.

Se sobresaltó. Fue poco, algo imperceptible, pero se sobresaltó.

A continuación desvió los ojos hacia Whanda. Ojos brillantes y acusadores, pero su pregunta fue dirigida a Dereck:

—¿Quién le dijo eso, pesquisa?

—Lo oí comentar por ahí. Lana Barris me interesa y por eso he venido. Para que hablemos de ella.

Se puso en pie, con los negros ojos fijos, igual que desde hacía más de un minuto, en la silenciosa figura de Whanda.

—Cuando puedas —dijo, mordiendo las palabras—, acompaña a tu amigo a la puerta, Whanda, querida.

Dio media vuelta y se alejó.

Dereck esperó a que pusiera la mano sobre el tirador y entonces la llamó:

—¡Paula!

Se detuvo, presa del estupor que le produjo el que la tratara con tanta confianza; pero no se volvió.

Entonces, Dereck añadió:

—A Lana Barris la han asesinado, y prácticamente el asesino soy yo. Verá: la hice volar al espacio mediante una bomba colocada en el circuito del timbre de la puerta de su apartamento.

Estremecida, pálida como una muerta, se volvió a la inversa para mirarle.

—Repita eso, pesquisa —pidió con voz ronca.

Y Dereck se lo repitió sin quitar ni poner una sola coma.

Paula, sin pronunciar palabra, se dejó caer sobre el sillón que

antes abandonara.

—Esto arruina mi programa —susurró, muy quedo.

Hizo una mueca, una ligera pausa, y añadió:

—¿Qué desea saber?

—Todo lo que usted conozca de ella, *miss* Richarson. Por ejemplo, ¿dónde encontró a Lana Barris?

Paula le lanzó una larga mirada y respondió con una ligera sonrisa:

—En Chicago. Ella fue artista. Conoció a... y se retiró. En este programa iba a explicar la verdad sobre ella. Sobre lo ocurrido en aquella ocasión.

—¿La verdad de que ella se vio complicada en la muerte de una mujer? ¿La verdad de sus relaciones con Manning?

Paula no replicó, de momento. Le estaba mirando fijamente, dando la impresión a Dereck de que estaba tratando de coordinar sus ideas.

—¿Por qué no, míster Dereck? Lana era una buena chica. Tengo motivos para saberlo, y estoy segura de que en aquello no tuvo nada que ver.

Dereck sonrió, quizá un poco burlón, mientras ella añadía:

—¿Algo más?

—Sí, quiero nombres.

No pareció entenderle, ya que respondió, con los ojos llenos de asombro:

—¿Nombres...? ¿Qué clase de nombres, pesquisa?

Dereck se permitió una nueva sonrisa, antes de decir:

—Por ejemplo, Paula, los nombres de todos los que aquella noche se encontraban en la quinta de Manning.

—¿Cómo sabe eso?

—Leí algo en los periódicos sobre el caso. Según tengo entendido, Manning organizaba fiestas en las cuales se comía bien, se bebía mucho mejor, y en las que se pasaban drogas y algunas cosas más. El F.B.I. y la policía Metropolitana sospechaban de él, pero no pudieron probarle nada. Repentinamente, se suicidó. ¿Quiénes se encontraban allí, Paula?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

Una tercera sonrisa apareció en los delgados y crueles labios de Dereck.

—Vamos, Paula, ¿me toma por tonto? Si es cierto que usted encontró a la Barris, y estaba preparando el programa con ella, no es menos cierto que, conociendo la verdad de lo ocurrido, también sepa los nombres de los que com...

Le interrumpió, poniéndose en pie:

—Bueno, ¿y qué tiene usted que ver con todo esto? Aunque lo supiera no se lo di...

Dereck la interrumpió su vez:

—De acuerdo, preciosa. No me lo diga, si no quiere, pero tenga en cuenta de que tan pronto como salga de aquí, me pondré en contacto con el teniente Mac Harrison del Departamento de Homicidios. Él hablará con usted. Será citada en la encuesta, y tendrá que declarar bajo juramento.

Se encendió como una amapola, y Dereck supo sin lugar a dudas, que furiosa, aún era mucho más hermosa y fascinante.

—Pero..., pero... ¿qué diablos tiene usted que ver con todo esto, maldito fisgón?

—Siéntese y se lo diré, Paula —respondió.

Lo hizo, y se lo explicó.

Cuando terminó, sus ojos, rasgados y negros como el infierno, que le recordaron los de Velda, se encontraban fijos en el bello rostro de Whanda, y entonces Dereck se vio en la obligación moral de decir:

—Whanda tenía miedo por usted, Paula, y por eso me llamó. Y ya ve que tuve razón. Alguien, posiblemente la misma persona que la amenazó a usted, la mató, deseando silenciar su boca.

—Sí... Puede ser cierto. Pero ¿por qué?

—Lana, entre otras cosas, era la secretaria particular de Manning. Por tanto tenía que saber muchas cosas. Todas o casi todas referentes a las personas que aquella noche se encontraban allí, en la quinta de Manning. Por eso la silenciaron. Ahora, sin que yo desee asustarla, creo que la próxima víctima será usted. O, por lo menos, lo intentará. Usted tenía a Lana, y con ella, todo lo que ésta sabía. Ése será el razonamiento del asesino, querida. ¿Me da esos nombres?

Se asustó mucho menos de lo que Dereck esperaba. Incluso su voz sonó perfectamente normal cuando miró a Whanda, en tanto que por tercera vez se levantaba del sillón.

—Tú sabes esos nombres, lo mismo que yo, Whanda. Dale una nota, con las correspondientes direcciones, a míster Dereck —se volvió hacia él y añadió—: Espero verle pronto, pesquisa.

Dereck le dedicó una sonrisa.

—¿Dónde? —preguntó.

—En mi casa. Tengo una pequeña finca, cerca de Nueva York. ¿Por qué no va el sábado? Daré una pequeña fiesta, y es muy posible que conozca a algunos personajes en extremo interesantes.

La sonrisa de Dereck se amplió en forma inverosímil.

—De acuerdo, Paula —contestó—, iré.

Sin replicar, ella dio media vuelta y se fue, dejándole a solas con Whanda, no sin que antes dijera:

—Le estaré esperando, John.

Dereck tampoco replicó. Se limitó a volverse para encarar a Whanda, que ahora se había retirado detrás de la mesa y estaba escribiendo algo en un papel.

Al terminar se lo dio, diciendo:

—Sígala y conseguirá todo lo que desee, míster Dereck.

Se sorprendió, pero a pesar de ello preguntó, creyendo adivinar:

—¿Se refiere a Paula?

—¡Claro! ¿A quién si no? ¡A Paula le gustan los hombres como usted!

—¿A usted no?

Le brillaron los ojos. Se estremeció, retrocediendo un paso. Lo contrario hubiera sido perder la cabeza y en aquel momento no le convenía en modo alguno.

Por otra parte, tampoco sabía cómo lo iba a tomar ella.

—¡Yo no soy de ese modo! —barbotó.

Lo que era una verdadera lástima para el propio Dereck, y a despecho de Velda. Iba a contestar la verdad de lo que estaba pensando, cuando ella puso un dedo sobre un blanco botón que había en la mesa, y supuso que llamaba a la doncella.

Y fue entonces cuando, se decidió:

—Pues es una verdadera lástima, preciosa, ya que me gustaría conocerla mucho mejor.

No le respondió.

Mientras la doncella entraba en el despacho, Whanda dio media vuelta y fue hasta la ventana. Miró a través de la misma y no se

volvió cuando, detrás de la primera, Dereck abandonó la estancia.

Ya en la puerta, preguntó:

—¿Qué hace cuando termina con su trabajo, preciosa?

—Me voy a casa, míster Morgan.

—¿Sola?

Ella acentuó la sonrisa.

—Algunas veces. Eso depende de quién sea la persona que desea acompañarme.

—¿Mañana por la noche? —preguntó Dereck.

Se le acercó más, levantando su bello rostro hacia él.

—A las nueve, pesquisa —dijo.

Inclinó la cabeza y unos segundos más tarde se estaban besando, sin que el recuerdo de Velda se interpusiera entre los dos.

Un minuto después, cuando salió de allí, Dereck iba silbando una versión muy original de la Marcha Triunfal de «Aida», de Verdi.

Pero cuando empuñó el volante, pensaba en Velda, por lo que lo detuvo una cuadra más abajo, frente a frente a una cabina telefónica.

Dereck entró, tomó el auricular, y disco.

Como esperaba, Velda no se encontraba en el despacho.

Consultó su reloj y volvió a marcar, pero ahora lo hizo al bar de O'Neill.

—Dígame...

—Soy Dereck,

O'Neill

—le interrumpió—. *Miss*

O'Hara,

¿se encuentra ahí?

Hubo unos segundos de silencio y

O'Neill

respondió:

—Un momento, míster Dereck, ahora se pone.

Un nuevo y corto silencio, y al otro lado del hilo oyó su voz.

—¿Sí...?

—Soy Dereck, Velda.

—¡John, amor! ¿Vas a venir?

—No. Ahora no...

—Pero... Oye, ¿por qué no vienes? La chica del bikini está

más...

—¿Qué te parece si me invitas a cenar esta noche, muchacha? — La interrumpió sabiendo que si la dejaba hablar aquello no terminaría nunca—. En el «Marimba» a las nueve, ¿no?

—¡Pero, John! Eres... un..., un... Pero ¿cómo diablos voy a invitarte yo, presuntuoso?

—¿Y por qué no? —preguntó Dereck calmadamente—. Si no me equivoco, tu jefe te paga un buen sueldo y sólo para hacer de figura decorativa en el pico de la mesa, y un par de veces por semana. Y con el sueldo que te da puedes permitirte el lujo, también un par de veces a la semana, de invitar a alguien a cenar contigo, ¿no?

—Pero... pero... —De pronto se echó a reír y al terminar añadió —: De acuerdo, míster John Dereck, le invitaré a usted. Pero si luego no le gustan mis pier...

Dereck cortó la comunicación diciéndose que por el momento ya estaba bien. Abandonó la cabina y regresó al «Cadillac».

Condujo lentamente hacia Broadway y se detuvo frente al primer «*snack bar*» que le salió al paso.

Entró, se acomodó en la barra, pidió un *whisky* y se ensimismó en el estudio del papel que Whanda le había dado.

—Cuatro nombres. Tres hombres y una mujer.

Un nombre de mujer que también le decía bastante y que quizá a Velda le dijera mucho más. Un nombre de mujer que, en más de una ocasión, en televisión, había ido unido al nombre de Paula.

Aquello era ir de sorpresa en sorpresa. ¿Qué diablos hacía una mujer como Cora St. Loman en una fiesta de Manning? ¿Amigos o había algo más?

Incapaz de contestarse a tanta pregunta, Dereck optó por beberse el *whisky* de golpe, para pedir otro a continuación.

Y se puso a pensar en el caso Manning.

Lo recordaba, aunque muy vagamente. Sólo de leer algún que otro suelto en los periódicos, y nada más. El no había intervenido en aquello, ni de cerca ni de lejos.

Una muchacha había muerto, al parecer, cuando cayó rodando por una escalera, de resultas de lo cual Manning se había suicidado.

Todo muy limpio, pero un tanto sospechoso.

Manning era un lumbrera en el cine, en televisión, y en otros espectáculos similares, pero su muerte apenas si había producido

ruido alguno.

Era como si alguien le hubiera echado tierra encima, tapando lo ocurrido con un montón de dólares, o con otra cosa completamente inexplicable.

Manning, además de todo aquello, también era otras o había sido otras cuantas cosas más, y ninguna buena.

¿Quién? ¿El asesino de Lana Barris? Era muy posible.

Las circunstancias hacían que Dereck se reafirmara más y más en aquella idea. Lana había vuelto de las sombras de una manera repentina, para sacar a la luz todo un sucio pasado en el que se veían envueltas varias personas, y esto, a aquel alguien, al parecer, no le convenía en modo alguno.

Uno de ellos la había asesinado.

Incluso la propia Cora podía haberlo hecho. Ella, si era como Dereck se figuraba, también tendría algo que ocultar.

Los otros tres, los hombres, bueno, por lo menos, uno de ellos podía muy bien ser el culpable.

Mucho mejor que los otros dos, e incluso que la propia Cora.

Dereck se bebió el segundo *whisky* a pequeños sorbos, pagó la consumición y abandonó la barra, encaminándose directamente a la calle y de ésta a la oficina.

Frunció el ceño nada más entrar. La figura decorativa que para él representaba Velda

O'Hara,

brillaba por su ausencia.

Preguntándose dónde diablos se había metido, y si volvería con tiempo para la cena, según habían quedado, se sentó detrás de la mesa y por no perder la costumbre puso los pies sobre el tablero, no sin antes haber sacado la botella de *whisky* del interior del cajón central, y por último encendió un cigarrillo, que dejó colgado materialmente de la comisura de la boca.

Cerró los ojos. Pero aquello fue peor.

De nuevo danzó en su mente el problema de los impuestos, la subida de la gasolina y el apartamento. Y su cena con Velda. En Velda que no volvía.

Al llegar a este punto de sus pensamientos, Dereck abrió los ojos, abandonó su postura indolente y alargó la mano para tomar el auricular del teléfono.

Unos segundos después empezó a marcar.

Olsen

O'Neill

se puso al otro lado casi al instante.

—Diga...

—Soy Dereck, Olsen —cortó un tanto secamente—. ¿Se encuentra ahí *miss*

O'Hara?

Siguieron unos segundos de silencio, que

O'Neill

rompió.

—No, míster Dereck. Hace cosa de tres cuartos de hora que se marchó.

Dereck pensó rápidamente, y de resultas de aquellos pensamientos se dijo que aquel asunto ya no le gustaba tanto como en un principio. El que Velda empezara a hacer de las suyas al respecto, le desasosegaba.

Velda era muy capaz de meterse en un nuevo lío, a pesar del teniente Mac Harrison.

Preguntó, dando de lado a sus sospechas:

—¿Le dijo a dónde iba, Olsen?

—No. Pero me encargó que si usted telefoneaba le dijera que la esperara en su apartamento.

Dereck dio las gracias, colgó el auricular, soltó una maldición, tomó la botella del *whisky* y bebió directamente de la misma.

Ahora vaciló un tanto antes de tomar por segunda vez el auricular, y empezar a discar.

Pero aquella vez lo hizo a su propio apartamento.

Tres segundos más tarde, oyó la voz de Velda:

—¿Sí...? ¿Dígame?

—Soy Dereck, preciosa. ¿Cómo es eso que no estás en la oficina?

Hubo una ligera pausa y a continuación ella preguntó:

—¿Pero es que tenía que ir, querido?

Dereck dio la callada por respuesta.

Pensaba. Hasta que preguntó a su vez:

—¿Dónde diablos has estado hasta ahora, Velda, muchacha?

En el acto la oyó reír.

—Por si no lo sabías —empezó—, cierto tipo, cierto pesquisa,

está efectuando una investigación, y, por tanto, yo opté por dar un paseo de un par o tres de horas. Siempre no voy a estar encerrada en la oficina, ¿verdad, cielín?

Interiormente, Dereck soltó una maldición y respondió:

—¿A dónde fuiste?

Velda fingió que vacilaba un poco y al fin replico:

—A dar un paseo con un admirador. ¿O es que yo no puedo tener admiradores? Le conocí el otro día, hizo varios elogios a mis piernas, me sentí halagada y concerté una cita con él. No es tan decepcionante como tú que sólo piensas en la chica del calendario de... Por tanto, la pobrecita Velda salió con...

—Te estoy hablando en serio, Velda. ¿A dónde fuiste?

—Eso, amor, no te lo voy a decir por el momento —hizo una pausa, que Dereck no interrumpió, y añadió al cabo de tres o cuatro segundos—: ¿Vas a venir a buscarme?

—Sí, si me dices qué has estado haciendo esta tarde. Pero la verdad, querida.

—¡Pero, John! ¡Eso es puro chantaje!

Se echó a reír y Dereck experimentó la sensación de que se estaba burlando de él.

CAPÍTULO IV

Dos *whiskys* son estupendos. Tres también. Cuatro o cinco le calientan a uno, y de ahí en adelante el tipo que los bebe empieza a soñar. Si bebe más, coge uña «melopea» de pronóstico reservado.

Dereck lo pensaba así, poniéndose él mismo como ejemplo viviente del hecho.

Pensando, aquella tarde había bebido mucho, pero no llegó al llamado grado de imbecilidad que produce el exceso de alcohol, aunque sí alcanzó otro de «superlativa euforia» cuando abandonó el despacho, sobre las ocho y quince de la noche, y se encaminó hacia la próxima parada de taxis con ánimo de tomar uno, ya que no se encontraba dispuesto a empuñar el volante de su coche.

Encontró uno y se hizo conducir allí.

¿Esperar o subir a buscarla? Dereck optó por lo segundo. Pagó la carrera, descendió del automóvil, y lo hizo así.

Velda estaba terminando de arreglarse.

Oyó sus pasos,ladeó hacia la puerta su linda cabeza, le lanzó una larga mirada envolviéndole así en el embrujo de sus grandes ojos negros y le sonrió tímidamente...

—Hola, John —dijo—. Confieso que no te esperaba.

Dereck se acercó, mirándola lleno de asombro.

—¿No? —preguntó—. ¿Por qué?

Velda soltó las medias, se irguió y le enfrentó:

—Podrías estar enfadado, ¿no? Eso de que yo salga con un nuevo admirador al que le gustan mis...

—¡Velda! ¿Quieres dejar de bromear?

—¡Pero si no es broma, querido!

Dereck arqueó una ceja.

—De acuerdo, muchacha —dijo, no deseando continuar con aquella conversación que sólo servía para que Velda se burlara de él —, termina, que ya nos vamos.

Velda hizo un mohín de disgusto.

—¡Pero, John, querido! ¿Por qué hemos de salir de aquí? ¿Es que aún no te has enterado de que soy una buena cocinera?

Sabiendo que, igual que otras veces, se le burlaba, Dereck soltó una maldición, y Velda, al oírla, se tapó cómicamente los oídos con las manos y luego añadió:

—Por favor, querido, no te enfades. Nos iremos si lo deseas. Pero me hubiera gustado cenar aquí, en la intimidad. Por otra parte, tengo algunas cosas que contarte.

Y le miró con sus misteriosos ojos negros cargados de inocencia.

Por tanto, Dereck no supo si maldecir por segunda vez o callarse, pero finalmente optó por lo último. No maldijo, pero sí pidió:

—Tráete un par de *whiskys*, querida.

—Entonces, nos quedamos, ¿verdad?

—¿Quieres traer algo para beber?

—Claro. Ahora mismo.

Se alejó en dirección a la cocina, para regresar a su lado al cabo de tres o cuatro minutos, llevando en las manos dos altos vasos con lo pedido.

Velda se dejó caer junto a él, tomó uno de los vasos, le dedicó una de sus tímidas sonrisas y bebió un poco.

Al soltarlo sobre la mesita apartó los ojos de los suyos y los clavó en un punto inconcreto del suelo, con machacona insistencia.

Hasta que Dereck exclamó:

—Vamos, suéltalo de una vez, ¿quieres?

Mirándole de nuevo, Velda abrió mucho los ojos.

—¡John, querido! Pero ¿qué es lo que tengo que soltar?

Dereck se armó de paciencia, notando crecientes deseos de mandarla muy lejos de allí, cosa que tampoco hizo, sabiendo que de todos modos no se iría a ninguna parte.

—Dijiste que tenías que contarme algo, ¿no?

—¡Cierto! ¿Cómo no lo pensé an...?

Se interrumpió al mirarse en los ojos de él, y entonces continuó seriamente:

—He hecho algunas visitas, John.

—¿Qué clase de visitas?

—Si callas y no me interrumpes, la pequeña Velda

O'Hara

te lo contará todo.

Dereck no respondió.

—Estuve en la redacción del «Chronicle».

—¿Allí? ¿Para qué?

Velda hizo una mueca.

—Si dejas de interrumpirme, te lo diré, pesquisa inteligente.

Dereck tampoco respondió, por lo que Velda continuó diciendo:

—Traté de buscar algo relacionado con Lana Barris y Manning. Y encontré algo. Pero tan poco que no merece la pena mencionarlo.

Dereck tomó el vaso y bebió lentamente hasta mediarlo.

—Sea lo que sea, ¿qué es ello, Velda querida?

—Nada en concreto. Sospechas de que la muerte de aquella muchacha fuera un asesinato y nada más. Es decir, sí; una reseña de lo que fue la encuesta, y ni una palabra más del porqué del suicidio de Manning ni de la desaparición de Lana Barris.

Dereck la miró suspicaz.

—¿Nada más? —preguntó.

Al segundo siguiente la tuvo entre sus brazos.

—¡Oh, John, querido! No..., nada... más...

El timbre del teléfono les separó un tanto violentamente y ambos, en silencio, se miraron a los ojos.

Velda fue la primera en reaccionar, en alargar la mano hacia el auricular, pero Dereck la detuvo con un gesto.

—Espera —dijo—, hablaré yo.

Ella no dijo nada. Se limitó a mirarle mientras lo descolgaba y a escuchar.

—John Dereck...

Se tensó como un manojo de cables de acero, y sin poderlo evitar clavó los ojos en Velda tan pronto como la respuesta le vino del otro lado del hilo:

—Hola, Dereck, soy Mac Harrison.

Estuvo a punto de maldecir, de mandarle al infierno, pero no hizo ninguna de aquellas dos cosas.

Simplemente respondió:

—¿Qué quiere a esta hora, teniente? ¿Acaso descubrió un nuevo asesinato y desea saber dónde pasé mi tiempo a una hora determinada?

—Eso es algo que no se me había ocurrido, Dereck —siguió una pausa que él no interrumpió, y ante los atónitos ojos y oídos de Velda, Mac Harrison preguntó—: ¿Viene, Dereck?

—¿Para qué he de ir a verle, teniente?

La voz de Mac Harrison era extremadamente cautelosa cuando respondió:

—Ha ocurrido algo.

—Bien, suéltelo cuanto antes, que deseo irme a dormir.

Mac Harrison rió levemente y contestó:

—No, por teléfono, Dereck. El asunto es tan importante como para que le tratemos en privado usted y yo, y ahora mismo.

Miró a Velda. Había cabalgado una pierna sobre la otra.

Una elegante y hermosa pierna, que balanceaba suavemente al compás de cualquiera sabe qué música, y Dereck empezó a dudar, y en vista de ello desvió los ojos en otra dirección y preguntó:

—¿Puede adelantarme algo, teniente?

Se hizo un nuevo silencio, pero ahora duró muy poco.

—Bastante, Dereck. Aparte que hemos averiguado algo sobre Lana Barris, la mujer que usted voló en pedacitos, se ha cometido otro asesinato. ¿Viene?

Dereck dudó una vez más.

—¿Y qué tengo que ver con ese asesinato, tenien...?

—Venga y se lo diré, Dereck —cortó Mac Harrison secamente—. Me encontrará en el Precinto.

Colgó antes de que Dereck lograra pronunciar una sola palabra más.

Dereck hizo lo propio y se volvió a mirar a Velda.

Desde el sofá ella le observaba a través de las entornadas pestañas, reclinada contra el mismo, con lo que el vestido amenazaba con estallar.

—Te tienes que ir, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, y cree que lo siento, querida.

—También lo siento yo, John. —Hizo una pausa y luego preguntó—: Era..., era el teniente Mac Harrison, ¿verdad?

—Sí, era él.

Velda le miró pensativamente.

—¿Qué quería? ¿Qué es lo que ocurre ahora, John?

—Confieso que no lo sé, Velda. Al parecer, se ha cometido un

nuevo asesinato y desea que vaya a verle.

—Voy contigo, John.

—¡Velda!

—Voy contigo —insistió ella tercamente—. ¿Y sabes por qué? Porque no me gusta esto. Porque todo lo que toca Mac Harrison apesta, querido, y tú lo sabes lo mismo que yo.

Dereck hizo un gesto de impaciencia.

—Creo, Velda, que lo mejor es que te vayas a la cama, como una buena muchacha.

—¿Es eso lo que deseas, John?

No le agradaba aquello, pero replicó aun en contra de sus deseos:

—Sí, Velda, muchacha, es eso. No deseo que Mac Harrison te mezcle en esto.

—En ese caso... me quedaré. Pero oye una cosa, pesquisa, si no has vuelto para mañana a primera hora, voy a mover una en el Precinto, que hará historia.

Dio media vuelta y se alejó de él desapareciendo por una de las puertas que había frente a los dos.

Ya en la calle, Dereck tomó un nuevo taxi que le dejó junto al «Cadillac» de su propiedad y desde allí, lentamente, condujo hacia el Precinto de policía.

Mac Harrison se encontraba completamente solo en su despacho.

—Siéntese, Dereck —fue lo primero que dijo apenas verle.

Lo hizo y esperó. Fue muy poco.

Mac Harrison, apenas se hubo acomodado, hizo esta pregunta:

—¿Sabe a qué se dedicaba Lana, aparte de ser artista de televisión, además de ser también secretaria de Manning?

Preguntándose a dónde querría ir a parar, Dereck respondió:

—No, ni mucho menos, teniente. Si usted no me lo dice...

—Buscaba gente, de ambos sexos, para repartir las drogas por cuenta de Manning. Posibles compradores, adeptos, y a otros les obligaban por cualquiera sabe qué medios, a repartirlas, a distribuirlas por todo el país. Al parecer, aquella noche, una de las muchachas, recién iniciadas, cayó por el hueco de la escalera y se mató. O tal vez el propio Manning o alguno de sus secuaces la golpeó porque se rebelaría. Lo cierto es que murió y al día siguiente se supo que Manning se había suicidado. Se despeñó, Dereck. El

forense certificó que era un suicidio, y Lana desapareció.

Eran... demasiadas facilidades, y se preguntó por qué, aunque no lo dijo.

—Cuénteme cosas de esa muchacha, teniente. De la que murió.

Mac Harrison le lanzó una especulativa mirada y contestó:

—Se llamaba...

—Recuerdo el nombre —interrumpió Dereck—. Mona Carrigan, ¿no?

Mac Harrison le dedicó una sonrisa, que por contraste no le gustó.

—Cierto, Dereck. Era la segunda hija de un matrimonio que ya murió. Se puede decir que quedó huérfana a los trece o catorce años, quedando al cuidado de su hermana Silvia. Repentinamente, a los dieciocho, desapareció y vino a Nueva York. Lana tropezó con ella, y aquello fue el final de la muchacha.

—¿Qué sabe de Silvia?

—Hice una llamada a larga distancia y me contestaron que Silvia desapareció de su pueblo, pocos meses más tarde de que los periódicos publicaran la muerte de su hermana —contestó ante el cada vez más creciente estupor de Dereck, que seguía sin explicarse, por lo menos satisfactoriamente, el comportamiento de Mac Harrison para con él.

Dereck no replicó. Pensaba, por lo que el silencio, en el despacho del teniente, se hizo largo y pesado.

Tanto es así que el propio teniente lo rompió con una pregunta:

—¿En qué piensa, Dereck?

No se lo dijo. No le interesaba decirle la verdad, ya que si lo hacía, las cosas, a partir del momento en que lo hiciera, se volverían sumamente violentas para los dos. Se limitó a responder con otra:

—Me habló de un nuevo asesinato. ¿Quién fue esta vez?

—Alguien, que de un modo u otro, estaba ligado a Manning.

Dereck estuvo a punto de saltar sobre el asiento, pero logró dominarse, aunque mediante un esfuerzo, mientras pensaba en aquella Cora cuyo nombre le había dado Paula, y en los tres nombres que componían la lista de los allegados a Manning.

¿Acaso Cora?

—De acuerdo, Mac Harrison —dijo—. ¿Quién fue?

El teniente le miró fijamente antes de contestar:

—Al Perkins. Le mataron de un balazo en medio de la cabeza y yo pienso que ese asesinato tiene conexión con la mujer que usted hizo volar en pedacitos, Dereck.

Que el asesinato de Lana Barris está ligado, de un modo u otro, a Perkins, o viceversa.

Empezaba a destaparse.

Y quizá por eso mismo, porque empezaba a comprender cuál era el juego del teniente, a Dereck se le contrajo el estómago.

—¿Algo más, teniente? —preguntó.

Mirándole fijamente, Mac Harrison replicó:

—Muy poco, Dereck. Sólo que la policía sospecha que usted sabe mucho más de lo que nos ha dicho.

—Y usted en particular, ¿no?

—Exactamente, Dereck.

—¿Algo más, teniente?

Mac Harrison entrecerró los ojos.

—Nada, como no sea darle un consejo.

—¡Suéltelo, Mac Harrison! —respondió sabiendo de antemano cuál iba a ser.

—Que tenga cuidado o se estrellará. Eso... o que se avenga a contarme cuánto sabe. ¿Qué contesta, pesquiza?

—¿Eso es todo, teniente?

El rostro de Mac Harrison se nubló.

—¿Todo...? Bueno, todo no lo sé. Eso... va a depender de algunas cosas, Dereck. De lo que usted haga a partir de este momento.

—¿Sí...?

—Quiero decir que si continúa... O mejor dicho, si desea continuar con este caso, tendrá que contármelo todo.

Dereck sonrió y se puso en pie.

—Le dije todo cuanto le tenía que decir en nuestra primera entrevista, Mac Harrison. Mi interés en esto, se reduce a cero... si no fuera porque no me gustó el modo como murió Lana Barris, a pesar de todos los pesares.

—¿Es ésa su última, palabra, Dereck?

No contestó. Dio media vuelta, se acercó a la puerta y la abrió. Cruzaba el umbral cuando Mac Harrison dijo a su espalda.

—Si me ha mentado, si logro averiguar que de un modo u otro

me está ocultando algo, Dereck, le aconsejo que se cuide porque le va a hacer falta.

Tampoco contestó.

Dereck cruzó la puerta y empezó a alejarse por el pasillo, hacia la que daba acceso a la calle, sin lanzar una sola mirada hacia atrás.

Empuñó el volante. Pensaba.

En el problema que Whanda le planteara, al presentarse en el interior de su oficina, en demanda de protección para Paula Richarson.

Desde entonces habían muerto dos personas. Una mujer, al parecer rubia, llamada Lana Barris, y un tipo denominado Al Perkins. Un tipo que de un modo u otro estaba relacionado con el suicidio de Manning, y, ¿cómo no?, también con la propia Lana. ¿Por qué? ¿Quién sería la próxima víctima? ¿Paula?

Podía ser.

Había unos anónimos que hablaban de amenazas de muerte. ¿Acaso por el programa de televisión? ¿Acaso porque la propia Paula sabía la verdad sobre Lana e intentaba lanzarla a los cuatros vientos, a través de las antenas del canal dieciocho?

Al Perkins. ¿Y por qué no Cora St. Loman? Ella también había tenido mucho que ver con Lana Barris y tal vez con Manning. ¿O no era así?

Sobre las cuatro de la madrugada, sin dejar de pensar, Dereck detuvo el «Cadillac» frente a la puerta de uno de los bares de la Quinta Avenida, donde entró.

Allí, frente a un vaso de *whisky*, permaneció durante otra media hora, y acto seguido empuñó una vez más el volante para encaminarse a su casa.

Dejó el coche en el garage y fue a la portería. Pero Peter Larkin ya estaba acostado. Entonces tomó el ascensor y subió hasta el piso donde tenía su apartamento.

Abrió. Dereck cerró la puerta a su espalda, y se encaminó al *living*, sin encender luz alguna, y apenas dar un par de pasos, supo que Velda le estaba esperando en el interior del mismo.

Empujó suavemente la puerta y entró. Velda se desperezó sobre el sofá, se puso en pie y salió a su encuentro.

—En la cocina te he preparado algo para cenar, John —dijo apenas si se encontró a su lado, sonriendo y ofreciéndole los labios,

que Dereck besó suavemente.

Y al terminar, estalló:

—¡Al diablo con la cena, Velda! ¿Se puede saber qué es lo que estás haciendo levantada a estas horas?

—Pero, John...

—¿Qué...?

Se le acercó más, sonriendo tímidamente, y Dereck se interrumpió, mirándola como fascinado. Y esperó. Velda se detuvo muy cerca, envolviéndole en su caro perfume, con sus rasgados y grandes ojos fijos en los suyos, sin dejar de sonreírle.

—Te amo, John —declaró suavemente—. Lo sabes, ¿verdad? Te amo mucho... mucho... Yo...

—Y no obstante, aún te sigues atormentando, Velda. ¿Por qué no nos casamos de una vez?

Era la misma pregunta de otras veces, la misma de siempre, y como esperaba, ella contestó también de igual modo.

—Por ahora no, John, querido. Aún no... Yo..., yo no creo ser la mujer que tú te mereces por esposa, cielo. Soy feliz así. Absurdamente feliz, y creo que esto ya te lo he dicho más de una vez —hizo una pausa y añadió unos segundos antes de rodearle el cuello con sus morenos y bien torneados brazos—: Por otra parte, pesquisa, ¿qué más puedo pedir? Nada, John, querido, nada, porque tú me lo diste todo, queri...

Y ella misma, al besarle, interrumpió la respuesta que Dereck iba a dar.

Dereck se dejó llevar durante unos segundos, que fueron interrumpidos violentamente por el timbre de la puerta, que empezó a repiquetear con machacona insistencia.

Velda se separó de sus brazos y le miró con expresión interrogadora.

Por toda respuesta Dereck se encogió levemente de hombros y señaló la puerta.

Avanzó hacia allí, pero sin saber por qué, la dejó que se adelantara un par de pasos y luego fue detrás, llevando la mano a la funda de la axila, en busca de la fría culata de la «Magnum».

Velda abrió sin una vacilación, y casi al instante, Derek oyó su ahogada exclamación de sorpresa. Y a continuación su pequeño grito cuando la empujaron hacia atrás.

Los tipos eran dos. Dos imbéciles. Dos imbéciles porque primero se fijaron en la explosiva figura morena de Velda. Fue un solo segundo, pero para Dereck suficiente, ya que en manos de otro vio las automáticas que empuñaban.

Sin pensarlo, se lanzó contra las fascinantes piernas de aquélla, que continuaba tambaleándose de resultas del empujón, y ambos se vinieron al suelo, mientras las armas, provistas de silenciador «Maxim», vomitaban plomo contra los dos.

Nunca supo cómo pudo hacerlo; aun hoy, después de algún tiempo transcurrido, Dereck no lo comprendía.

Simplemente recordaba una cosa: que de repente se vio apartando violentamente a Velda, y que, a continuación, en tanto que ella daba con sus hermosos huesos en el suelo, disparó por dos veces.

Uno de los *killer* lanzó un impresionante aullido y se vino abajo, con un balazo en el entrecejo, en tanto que el otro se arrugaba contra la pared hasta quedar sentado en el suelo.

Casi en el acto Dereck se puso en pie. Acto seguido vio su sucia sonrisa y cómo levantaba el arma que llevaba en la mano, con el hombro izquierdo tinto en sangre.

Saltó de costado, en plancha, hacia una de las paredes, y su balazo le chamuscó parte del cabello de la sien derecha.

Al instante, Dereck notó que la pierna del mismo lado le fallaba, y rodó por el suelo, la automática escapó de su mano, y entonces oyó la explosión del disparo. Un disparo tenue, como hecho por una pistola de juguete.

Ante su asombro vio cómo, con un pequeñísimo agujerito en la frente, el *gángster* se desplomaba al suelo, sin lanzar un solo lamento, mientras que su automática del 45 escapaba de su mano para ir a golpear duramente las baldosas del suelo.

Dereck se puso de rodillas, miró a Velda y se levantó.

Velda, reclinada contra la pared, mantenía en su mano una pequeña automática, posiblemente una «Star» calibre 6,35 mm.,

de cuyo cañón escapaba una tenue columna de humo azul, y se preguntó de dónde la habría sacado.

—¡Oh, John! —exclamó; apenas si se dio cuenta de que la miraba—. ¡He matado a un hombre! John, yo...

Se interrumpió, lanzó un pequeño grito y corrió a sus brazos. Escondió la cabeza en su pecho, dejó caer la automática al suelo, y entonces empezó a llorar. Era la primera vez que la veía hacerlo, y se le olvidó maldecir... quizá porque tenía algo en que pensar. Algo que preguntarse a sí mismo.

¿Quién les mandó contra él? Con esta pregunta en su mente, Dereck la separó de sus brazos, y dijo, mirándola a los ojos:

—Voy a llamar a la policía, Velda, querida. Y vendrá el teniente Mac Harrison, ¿comprendes? Por tanto, será mejor que pases a la habitación y te cambies los *shorts* por un vestido. Y... y me digas de dónde sacaste esa pistola.

Velda vaciló durante unos segundos, y respondió:

—La compré en una armería, John, pero lo hice a tu nombre. Me... me hacía falta un arma y...

—A mi nombre o no, Velda, si Mac Harrison te la encuentra en el bolso —interrumpió Dereck—, lo vas a pasar mal, muy mal, y tú lo sabes. ¿A qué ese deseo tuyo de complicarte la vida, Velda?

A pesar de las circunstancias, ella le dedicó una de sus sempiternas y tímidas sonrisas, dio media vuelta sobre sí misma, se miró y, acto seguido, se salió por la tangente cuando preguntó:

—John, querido, ¿es que no te gusto así? ¡Pero si creí que en *shorts*, lo mismo que en bikini, esta maravillosa!

Velda misma se interrumpió, casi en seco, abrió mucho los ojos cuando aquéllos tropezaron con los dos cadáveres, y añadió, sin que Dereck pronunciara una sola palabra:

—¡Oh, John, perdona! Por un momento llegué a creer que aún continuábamos los dos a solas; que esto no había ocurrido.

—De acuerdo, querida —respondió—. Ahora, ¿quieres hacer lo que te he dicho? Tengo que hablar con la policía.

Se fue, sin replicar.

Al quedarse solo Dereck tomó la «Magnum», que guardó en la funda de la axila, a continuación la «Star» de Velda, limpió las huellas digitales y se la guardó en el bolsillo trasero del pantalón. Hecho esto se acercó a la mesita donde descansaba el teléfono, levantó el auricular y marcó.

Unos segundos más tarde tenía al otro lado de la línea, ni más ni menos que al teniente Mac Harrison.

—¿Dereck? Es usted, ¿no?

Bien a su pesar, Dereck sonrió. Sabía que la noticia que le iba a dar le iba a sentar peor que la explosión de una bomba bajo sus pies:

—Sí, yo mismo —respondió—. Oiga, Mac Harrison, ¿puede venir unos segundos a mi apartamento?

De momento no le contestó. Cuando lo hizo, y, con la pregunta que Dereck esperaba, habían transcurrido varios segundos.

—¿Qué le ocurre, Dereck? ¿Es que acaso ha descubierto un nuevo fiambre? Y a propósito, ¿dónde se encontraba...?

—No es un cadáver, Mac Harrison —interrumpió Dereck— sino dos.

—¿Qué demo...?

Dereck no le dejó terminar.

—Los tiene en mi apartamento, polizonte —interrumpió—. Y le espero, ya que fui yo quien les mató.

Colgó mucho antes de que pudiera decirle..., sencillamente lo que él estaba esperando en aquel momento. Luego miró a su alrededor. Y suspiró satisfecho.

A Velda no se la veía por parte alguna. La muchacha se mostraba obediente y estaba haciendo lo que le había pedido.

Tardaron en llegar quince minutos. Justo quince, ni uno más.

Cuando llamaron a la puerta del apartamento, Velda aún no había hecho acto de presencia (ni hacía falta), y Dereck se encontraba sentado en el sofá, con el vaso más que mediado de *whisky* en la mano.

No lo abandonó cuando se puso en pie y fue a la puerta, sorteando los cadáveres de aquellos dos, y con la mano pegada a la negra y fría culata de la «Magnum» que ahora reposaba tranquila, en la funda de la izquierda.

Preguntó antes de abrir, y aun después de mirar por la mirilla de la puerta.

Era Mac Harrison, escoltado por ocho de sus secuaces, que invadieron el apartamento apenas si les hubo franqueado la entrada.

—¿Cómo ocurrió, Dereck?

Mac Harrison formuló la pregunta tres segundos después de haber atravesado el umbral.

Dereck, señalándoles con el dedo, respondió, mientras que sus

hombres le miraban sospechosamente, cosa que no le preocupó en absoluto.

—Llamaron a la puerta y abrí. Al instante empezaron a disparar, pero yo tuve más suerte. No les conozco, no les he visto en mi vida, y le estoy diciendo la verdad, teniente, aunque usted no me crea, lo que tiene por norma cuando se trata de mí.

Mac Harrison no replicó. Hizo una seña a sus hombres, y éstos empezaron a trabajar. Y fue entonces cuando ante el estupor de Dereck, le prendió de un brazo y tiró de él.

—Hablaremos mejor solos —dijo, cuando empezó a seguirle—. Entretanto, puede prepararme algo para beber.

Ahora el que no respondió fue Dereck, pero, por el contrario, su mente trabajaba a marchas forzadas, tratando de inventar una historia plausible, sabiendo que su querido amigo Mac Harrison, a pesar de su suavidad, iba a hacerle pasar un mal rato.

Sin responder, preparó un par de *whiskys*, en tanto que él se sentaba en el sofá, retrepándose contra su cómodo respaldo.

Le dio uno, mientras sus hombres continuaban tomando medidas y haciendo unas Cuantas cosas, todas incomprensibles para él. Y bebió, cuando Dereck volvía a pensar en Velda, que no aparecía, que no hacía acto de presencia, ni por una apuesta.

Repentinamente, Mac Harrison depositó el vaso sobre la mesa, le miró, y dijo:

—Va a hablar, Dereck, o, a pesar de todo, me lo llevaré al Precinto. Allí, como sabe, tengo medios para obligarle a hacerlo, y ninguno agradable, pesquisa.

Dereck se dijo que tenía que decir algo, que contestar a alguna de sus preguntas.

—Antes desearía saber de qué me va a acusar, teniente —repuso.

Mac Harrison masculló algo entre dientes, y replicó:

—Confieso que aún no lo sé, Dereck, pero puede estar seguro de que encontraré algo. No lo dude.

Hizo un silencio, que apenas duró unos segundos, y luego continuó:

—No deseo perder la paciencia con usted, Dereck, como ha ocurrido otras veces. Yo...

—¿Conciencia culpable, Mac Harrison? —le interrumpió Dereck.

No obtuvo respuesta, aunque Mac Harrison dijo, como si no le hubiera oído:

—Por tanto, y antes de que empiece, lo haré yo primero, ¿comprende?

—Continúo sin entenderle, teniente —replicó Dereck con absoluta calma, por lo menos aparentemente.

No le hizo caso, sino que continuó con su idea, explicándola a su modo.

—Alguien, no sé quién, le ha contratado para un trabajo, Dereck. Supongo que ha sido por causa de Pau—. Richarson, ya que ella iba a presentar un programa, basado precisamente en la vida de Lana Barris. ¿Me sigue, Dereck? Lana muere. Usted mismo, al ir a su apartamento, y aunque esto sea repetirlo demasiado, la vuela en pedacitos, al apretar el botón del zumbador, y cuando hablo con usted, me miente, diciéndome que estaba citado con ella porque la conocía. Horas más tarde, asesinan a un tipo llamado Perkins. Éste tuvo o continuaba teniendo, hasta el momento en que le asesinaron de un balazo, relaciones con un tal Manning, que tiempo atrás también se suicidó. Relaciones con una tal Cora St. Loman, que a su vez las tuvo con éste y con el hombre asesinado; y tal vez con la propia Lana Barris. Y así hasta el final de todos ellos. Cuatro en total, Dereck. Tres hombres y una mujer, y uno de ellos ha muerto ya. Luego también horas más tarde, y según sus propias palabras, dos tipos, dos *gangsters* de baja estola, le atacan en su propio apartamento y usted les liquida, físgón. ¿Por qué no habla claro de una vez, Dereck?

Saltó del sillón donde se había sentado ante aquellas palabras que no esperaba, y no por las pronunciadas por el teniente Mac Harrison, sino por las que pronunciaron a continuación de las mismas:

—Buenas noches, polizante. Si le dijera que me alegro de su visita, mentiría. Por tanto... Bueno, teniente, míster Dereck le ha dicho la verdad. Ahora, si quiere, puede continuar molestándonos, pero en el Precinto.

Dereck volvió la cabeza en dirección a la puerta de la habitación por donde antes desapareciera Velda.

Con la misma escotada blusa y los cortísimos *shorts* sobre su hermosa y detonante figura juvenil, ella les contemplaba,

mostrando en sus grandes y rasgados ojos negros una mirada completamente pura e inocente. Pero no sonreía.

Dereck apartó los suyos y miró a Mac Harrison, y sorprendió la fría sonrisa del teniente que a su vez les observaba a los dos.

—¿Podría jurar eso delante de un tribunal, Velda...?

—Al parecer, teniente —interrumpió ella—, le gusta que le repitan las cosas. Para usted, y como siempre, *miss* O'Hara,

¿no? Y sí, podría jurarlo. Le ha dicho la verdad y nada más que la verdad. ¿Algo más?

—Sí —respondió Mac Harrison—. No creo que su declaración la aceptara ningún tribunal.

—No, quizá no, pero el jurado podría tenerla en cuenta, ¿verdad? Y... por favor, márchese. Usted, como siempre, teniente, continúa apestando el apartamento.

Dereck se puso en pie, y Velda se interrumpió, y fue la primera vez que, aunque ligeramente, la vio enrojecer, cuando clavó los ojos en los suyos, y luego los desvió hacia la ventana.

Fue entonces cuando se volvió encarando a Mac Harrison, y preguntó:

—¿Qué es lo que desea saber, teniente?

Mac Harrison le miró suspicaz.

—Todo lo que usted sepa, Dereck, pero la verdad.

—Está bien, usted gana. Ahora, como comprenderá, debo callar el nombre de mi cliente. Por ética, a pesar de que usted cree que no la tengo.

Y empezó a hablar.

Mac Harrison no le interrumpió ni una sola vez, pero se separaron, ambos se encontraban en el mismo punto de partida, aunque Dereck no le dijo ni mucho menos, cuál iba a ser su próximo paso. Si lo adivinaba, mala suerte. Eso era todo. Pero, por el momento, no eran nada más que conjeturas, sospechas y más sospechas. Sospechas y tres nombres. Ahora sólo tres nombres.

El de una mujer, Cora St. Loman, Larry Templar y Eliot Barclay. Todos se encontraban aquella noche en la mansión de Manning. Y quizá por este motivo, todos podían morir.

Miró a Velda que se dirigía a la cocina.

—Voy a prepararte el desayuno, querido.

Dereck se sorprendió y miró en dirección a la ventana. Era verdad. Por encima de los cercanos rascacielos del Manhattan, el sol empezaba a lanzar sus primeros rayos sobre la ciudad de Nueva York.

Dereck dio media vuelta sin responder, alcanzó el dormitorio, se desvistió, tomó una prolongada ducha, cambió de ropa y unos segundos más tarde se encontraba en el comedor, sentado frente a frente de Velda.

Al terminar el desayuno, que transcurrió en el más completo silencio, Dereck la miró con pesar. Debía irse. Aquella mañana tenía que moverse rápidamente. Deseaba hablar con ciertas personas. Deseaba hablar también, si le era posible, con Cora St. Loman.

Dereck se puso en pie y sin pronunciar palabra se encaminó hacia la puerta, llevándola detrás.

Y fue junto a la misma, cuando Velda preguntó:

—¿Puedo saber a dónde vas?

—Sí, claro. ¿Por qué no? Tengo una cita.

Velda le miró burlona.

—¿Rubia, pelirroja...? Sí, claro, apuesto que se trata de ésa... Whanda Blair.

—Y perderías, ya que no es así. Es otra, querida —terminó inclinándose sobre sus labios para besarla suavemente.

—¡Pero..., pero...!

Dereck ya no la escuchaba. Acababa de abrir la puerta y ahora cruzaba el umbral, recto al pasillo, y de allí al ascensor.

CAPÍTULO V

La calle 13 Este en el Distrito Quinto.

El número 1008, apartamento

48-C.

en el decimoquinto piso.

Cuando Dereck lo tuvo frente a sus narices, detuvo el coche, descendió del mismo, cruzó la calle, entró en la portería y examinó la tablilla indicadora.

Las señas que Whanda le dio, por orden de Paula, eran exactas. Larry Templar vivía allí. Templar, uno de los magnates de la TV neoyorquina. Un hombre (y esto lo había sabido por Mac Harrison), que había pagado con sus dólares más de una actuación de Manning e incluso de la propia Lana. Incluso de otros y de otras cuantas más. Miró en dirección al ascensor. En aquel momento se encontraba en la planta baja, pero lo despreció. Por tanto, empezó a subir, escalón tras escalón, sin prisa alguna, pero no por eso dejó de llegar al decimoquinto piso, con los pulmones en la boca y el corazón peor que una cafetera exprés.

Sin una sola vacilación se acercó a la puerta del apartamento

48-C,

encendió un cigarrillo que extrajo del arrugado paquete que había en uno de sus bolsillos, lo dejó colgado en la comisura de la boca, inclinó aún más, sobre la oreja izquierda el sombrero gris que llevaba puesto, y alargó la mano para pulsar el botón del zumbador, pensando en si se iba a encontrar con un nuevo cadáver.

Pero no fue así. Larry Templar estaba vivo. Y muy vivo. Lo comprendió en el acto, tan pronto como abrió la puerta en respuesta a su llamada.

Gordo y fofo, y tan feo como él. Por lo menos, Dereck lo pensó así aunque aquella opinión se la guardó para sí mismo.

Semicalvo, de prominente papada y de no menos prominente

vientre. Sus ojos, de un gris claro, le causaron una extraña impresión, mientras le observaba.

—¿Qué desea? —preguntó al fin.

—Me llamo Dereck —contestó— y deseo hacerle algunas preguntas relacionadas con una mujer.

Instintivamente se puso en guardia y durante unos segundos Dereck esperó a que le diera con la puerta en la cara, pero no lo hizo.

Simplemente preguntó, y cuando tampoco lo esperaba:

—¿Qué mujer? ¿De quién se trata?

—Una mujer llamada Lana Barris. Supongo que leería en los periódicos la noticia de su muerte, ¿no?

Entrecerró los ojos y su prominente vientre empezó a subir y bajar, mientras que Dereck se preguntaba si era a causa de la hilaridad que le producían sus palabras, aunque estaba seguro de que no había dicho nada gracioso, ni mucho menos.

—¿Es usted policía? —preguntó al cabo de unos segundos.

—No, necesariamente.

—Entonces, puede largarse, amigo. No tengo nada que decir.

Dereck introdujo el zapato entre la puerta y el marco, pero, a pesar de sus palabras, Templar no intentó cerrarla.

—De acuerdo, míster Templar. Me iré, pero tenga en cuenta de que dentro de diez minutos tendrá aquí al teniente Mac Harrison del Departamento de Homicidios.

—¡Yo no la maté, si es eso lo que quería saber! Tampoco sabía que se encontraba en Nueva York.

—No le estoy acusando de haberlo hecho, míster Templar. Aún no, pero podría ocurrir. ¿Pasamos dentro?

Se apartó de la puerta, y Dereck cruzó el umbral.

Cerró detrás, pasó delante de él, y le condujo a través de varias estancias amuebladas con un lujo exquisito, hasta un no menos lujoso despacho.

—Tome asiento —invitó apenas los dos estuvieron dentro, y señalando uno de los mullidos sillones—. Y ahora, entre otras cosas, ¿quién es usted?

Dereck ocupó el sillón, extrajo el paquete de cigarrillos, encendió uno sin ofrecerle a Templar, y replicó:

—Detective privado, míster Templar. Una persona está

recibiendo amenazas de muerte por correspondencia, y me contrataron para que investigara eso.

—¿Y qué tengo yo que ver con...?

—Aún no lo sé. Pero esa persona estaba ligada estrechamente con Lana Barris, y Lana ha muerto. Por eso estoy aquí. Sospecho que el que la mató es el mismo que escribe esos anónimos.

—¿Y cree usted que yo...?

Dereck le interrumpió con un gesto y a continuación disparó la pregunta:

—¿Qué relaciones unían a Lana Barris con Manning?

—¿Qué me importa a mí, pesquisa? ¿Y qué tiene que ver lo uno con lo otro?

Dereck fumó en silencio por espacio de unos segundos, y luego respondió:

—Eso debo decirlo yo, míster Templar, después de informarle que no me gusta que me llamen por otro nombre que no sea el mío, ¿comprende? Y ahora vamos a lo que interesa. Usted se encontraba aquella noche en casa de Manning junto a Lana y unas cuantas muchachas más, cuando aquella otra murió. Manning se suicidó aquella misma madrugada. ¿Qué fue lo que pasó en realidad?

Dereck nunca lo supo, pero por unos segundos creyó que Templar cambió de color ante su pregunta.

—No me acuerdo muy bien, míster Dereck —respondió con el ceño fruncido—. Comprenda que ha pasado mucho tiempo desde aquello.

Dereck se levantó del sillón.

—Escuche, Templar —dijo, apeando súbitamente todo tratamiento—. Al Perkins ha muerto también. De un balazo. La persona que lo hizo es la misma que asesinó a la Barris, ¿comprende? Y si no fue usted, será la misma que también le asesinará, porque usted se encontraba en aquella casa en compañía de Manning. Ahora, si desea continuar callando, y le ocurre algo, no diga, después, si es que puede, que no le avisé.

Templar no cambió de expresión, pero sí replicó:

—Escuche, Dereck, cierto que yo también estaba allí aquella noche, pero no intervine en nada. Me divertí, eso sí, porque Manning sabía dar las fiestas a lo grande. Luego ocurrió aquella desgracia, y él, por temor a la Prensa sensacionalista, a la mala

propaganda, se suicidó horas más tarde.

—¿Cómo ocurrió?

—¿El qué? ¿El suicidio de Manning?

—Eso, en parte. Templar, pero me refería a la muerte de aquella mujer.

—No lo sé. Al parecer, la muchacha se drogaba y, al intentar descender la escalera, perdió el equilibrio, rodó hasta el fondo y se mató. Es todo cuanto puedo decirle.

—¿Todo?

—Todo, Dereck. Si le dijera algo más, posiblemente mentiría.

Dereck se volvió hacia la puerta. Ya junto a aquélla, lo hizo a la inversa y extrajo del bolsillo una de sus tarjetas de visita y se la dio.

—Si recuerda algo importante, Templar, telefonéeme a mi despacho. Y tenga cuidado. Ese asesino puede creer que usted sabe algo que a él no le conviene que se sepa.

Sin esperar respuesta, Dereck abrió la puerta, cruzó el umbral y se encaminó al ascensor.

De nuevo con el volante entre las manos condujo hasta la casa de Eliot Barclay, en la calle 43, pero no estaba allí. No obstante, su secretaria le dijo que no le esperaba en algún tiempo, que había salido no sabía adónde, y que tardaría en regresar.

Una vez más se vio frente al volante, conduciendo ahora hacia la quinta de Cora St. Loman.

Una mujer hermosa donde las hubiera.

Y continuaba pensando en ella cuando enfiló el motor del coche por la carretera 21, preguntándose si, como mujer, Cora sería más explícita que Larry Templar.

Vio la quinta mucho antes de llegar a la curva detrás de la cual se encontraba el ancho y bien pavimentado camino que debía conducirlo desde la carretera hasta la casa.

Tomó la curva, acto seguido entró en el camino, y, al hacerlo, fue cuando se topó con el letrero.

Propiedad privada particular
Prohibido el paso

Haciendo caso omiso del mismo, Dereck siguió conduciendo bajo los frondosos árboles, hasta que dio vista a una piscina en forma de corazón. Casi en el acto la vio a ella.

Se encontraba en pie, al borde de aquélla, en bikini, mostrando al sol la clásica belleza juvenil de su cuerpo tostado, y una vez más se encontró pensando en la chica del bikini del bar de O'Neil,

y, ¿por qué no?, en Velda.

Por el momento ganó Cora, que ahora abandonaba la piscina para irse acercando al borde del camino, a medida que Dereck hacía avanzar lentamente al coche.

Lo detuvo muy cerca, a escasas yardas. Cora se detuvo también. Su semblante estaba serio, casi hermético, y sus ojos pardos, oscuros como un pozo, impenetrables.

—Esto es terreno particular —dijo apenas Dereck sacó la cabeza por la ventanilla.

—Lo sé —respondió Dereck—. Vi el letrero un poco más allá, pero tenía que hablar forzosamente con usted. De Lana Barris.

—No se sobresaltó, dándole la impresión de que ya lo esperaba. Entonces sonrió.

—¿Policía? —preguntó, sin perder la sonrisa.

—Algo de eso. Y usted... Apuesto a que es Cora St. Loman, ¿no? Cora acentuó su sonrisa.

—Baje del coche, pesquise —dijo, ante el estupor de Dereck—. Me gustan los hombres como usted. Me gusta la «bofia» sea en el terreno que sea, y usted, aunque privado, también lo es.

Dereck abrió la portezuela y descendió del «Cadillac», preguntándose cómo sabría ella su identidad. ¿Quién se lo había dicho?

—¿Sorprendido, míster Dereck? —preguntó, tendiéndole la mano y sin dejar de sonreír, burlándose de él.

Le dijo que sí, que lo estaba, y entonces Cora le invitó a beber, por lo que fue tras ella, en dirección a la piscina, admirando el suave balanceo de sus caderas, el movimiento de sus fascinantes piernas desnudas y lo cadencioso y felino que había en todos y cada uno de sus movimientos.

Era alta, aunque no mucho. Cabello castaño, cortado a la última moda, ojos rasgados y grandes, boca roja, nariz fina y recta, y el mentón redondo y voluntarioso.

Su cintura parecía que iba a romperse de un momento a otro, debido a su delgadez.

Había dos sillas plegables y una mesita al mismo borde del agua, algunos vasos, una botella de *whisky* y soda, y ella. Sobre todo, ella. ¡Y qué hermosa era! Casi tanto o más que Velda, que cualquier mujer que Dereck conociera o hubiera visto.

—Siéntese y sírvase, si lo desea, míster Dereck —dijo.

Lo hizo y llenó dos vasos. Empezó a beber, mirándola, dejando que sus ojos patinaran sobre su figura, notando, de paso, que no se notaba molesta por ello, sino todo lo contrario.

Sus ojos brillaron cuando preguntó repentinamente:

—¿Me ha visto bien, pesquisa? Sí, ¿verdad? Apuesto a que le gusto a usted, ¿no?

Dereck arqueó una ceja y ella echó la hermosa cabeza hacia atrás y estalló en una argentina carcajada.

—Está bien, Cora —respondió Dereck—. Puede burlarse lo que quiera, pero la verdad es que me gusta usted.

—Y usted también a mí. Yo...

Dereck hizo un gesto con la mano y Cora se interrumpió.

—Ahora desearía saber...

Su sonrisa le interrumpió y luego ya no pudo añadir nada más porque Cora tomó la palabra:

—Sé lo que desea, míster Dereck. Usted, lo mismo que el teniente Mac Harrison, quiere que le hable de Lana Barris, y posiblemente de Manning, ¿no es verdad?

Dereck estuvo a punto de ponerse en pie de un salto, pero logró evitarlo mediante un esfuerzo.

—¿Quiere decir que fue el te...?

—Exactamente, míster Dereck. Él me dijo que le esperara a usted. Al parecer, le conoce lo bastante bien como para saber o adivinar de antemano los pasos que usted va a dar, cuando interviene en un caso.

La idea no le gustó, pero no se lo dijo. Simplemente, se limitó a preguntar:

—¿Le contó muchas cosas, Cora?

Ella se encogió levemente de hombros y respondió:

—Algunas. Las mismas que voy a contarle a usted.

—Hizo una ligera pausa, que Dereck no interrumpió, y preguntó —: Veamos, pesquisa, ¿qué es lo que desea saber?

—Todo lo que usted sepa, querida.

Sonrió y sabía hacerlo.

—Desea que le hable de Lana, ¿verdad?

—De todos ellos, Cora, preciosa, pero en particular de Lana Barris.

Alargó la mano, tomó el vaso, bebió un poco y replicó:

—Lana era una pájara de altos vuelos. Lo mismo que Manning. Ella buscaba a los intermediarios para el tráfico de drogas, e iniciaba en las mismas a toda cuanta persona podía. Por eso dejó de ser artista, para convertirse en su secretaria. Era mucho más lucrativo.

—¿Quiénes estaban allí aquella noche, Cora?

Hizo una mueca, pero se lo dijo.

—Una mujer como usted, Cora...

—¿Y por qué no, John? Yo también era mucho más joven que ahora, pero no caí en el vicio, a pesar de que lo sabía. Bajo cuerda, con la pantalla de la televisión, Manning y Lana estaban haciendo millones. Por otra parte, Manning era algo en televisión, y a mí me sirvió de puntal para llegar al estrellato, pero jamás consiguió que le vendiera un solo gramo de ese maldito veneno. Y... estábamos prometidos, ¿comprende? Y rompimos por causa de las drogas, pero yo ya me encontraba en la cumbre de la fama, y, por esa causa, no me apené por ello.

Dereck no respondió, se limitó a beber hasta apurar el resto del *whisky*.

—¿Qué sabe de Paula Richarson, Cora? —preguntó.

—No quiero opinar de Paula. Ella... es como era Lana, pero en otro sentido. Es mala, tanto o más que ella, pero de otro modo. Es todo lo que puedo y quiero decirle.

—De acuerdo, muchacha. ¿Ahora puede decirme quién corría con los gastos de las películas de Manning?

—Eliot Barclay —replicó—. Él sacaba una buena tajada, ya que no se arriesgaba nunca. Usted debe haber oído hablar de Eliot, ¿no? Es un gángster, pero bastante fino. Nunca arriesga el pellejo ni su reputación, aunque en aquella ocasión estuvo a punto de conseguirlo.

—Por causa de Manning y aquella muchacha, ¿no?

—Sí. Por causa de los dos, con el agravante de que él se encontraba allí.

Dereck pensó rápidamente en la siguiente pregunta que debía formular, y finalmente lo hizo, casi sabiendo cuál iba a ser la respuesta de ella:

—¿Cómo ocurrió lo de Manning, Cora? ¿Lo sabe?

Frunció el ceño.

—No. Sé lo que dijeron todos, que se había suicidado. Luego, al preguntar, me contestaron que se había despeñado por el acantilado. El forense certificó un suicidio.

—¿Lo cree usted así?

—Claro. Tenía que hacerlo. Aquello era el final de su carrera, y él, como todos, lo sabía.

Se puso en pie. Dereck la imitó y ambos quedaron frente a frente. Sabía que era una despedida e hizo ademán de tenderle la mano, pero Cora se adelantó a sus deseos, prendiéndole del brazo y tirando de él.

Entonces murmuró junto a su oído:

—Ande, venga conmigo, le invitaré a una copa.

Fue entonces cuando Dereck se acercó más, y la besó.

Ambos penetraron en el interior de la quinta.

Iban por la tercera copa. Incluso el recuerdo de Whanda y el de la propia Paula, se esfumó.

El violento timbrazo del teléfono les hizo volver a la realidad del momento. Al oírlo, Cora lanzó un ligero grito, se apartó de Dereck y corrió hacia el *living*.

Dereck se puso en pie y corrió tras ella, para detenerse apenas si llegó a la puerta, recostándose contra el marco, mirándola, escuchando.

—¿Dígame...? ¿Quién...?

Se le demudó el rostro. Aun a aquella distancia, pudo apreciarlo palpablemente.

Cora se interrumpió ante la respuesta que indudablemente le dieron del otro lado de la línea, y escuchó atentamente durante varios segundos. Luego respondió:

—Eso no es cierto. Estás equivocado. Yo no he...

Se interrumpió para escuchar y Dereck vio cómo sus hermosos y desnudos hombros se estremecían, así como los músculos de su bella y tersa espalda.

—¡No! —Casi gritó—. ¡No, no es verdad! Estás equivocado.

Alguien trata de jugar contigo. —Escuchó unos segundos más, y añadió llena de angustia—: Por favor, hazme caso, te he dicho la verdad. No sé de qué me estás hablando.

Dereck la vio colgar el auricular, con gesto consternado, y comprendió que su interlocutor o interlocutora habían colgado también, dejándola poco más o menos con la palabra en la boca.

Lentamente, y después de unos segundos de vacilación, Cora se volvió a mirarle y Dereck advirtió que estaba aterrorizada. Horriblemente aterrorizada.

Entonces se separó del marco y avanzó hacia ella; pero Cora ya se estaba volviendo hacia el mueble bar Dereck se detuvo, sin dejar de observarla. Se estaba preparando un *whisky* doble y sin soda.

Se lo bebió de dos tragos, y acto seguido se preparó otro. En aquel momento, Dereck la interpeló:

—¿Qué ocurre, Cora? ¿Quién te ha telefoneado?

Se volvió encarándole, llevando el vaso en la mano.

—Un amigo, John —respondió, haciendo un esfuerzo para que su voz sonara completamente normal—. Un amigo que está enfadado conmigo. —Inició una sonrisa, a todas luces forzada, y añadió—: Pero no te preocupes, ya se le pasará.

—¿No puedo saber quién es ese amigo tuyo, querida?

Cora arqueó ambas cejas con gesto escandalizado.

—¡Pero, John...! —exclamó.

—Estás asustada, Cora —interrumpió Dereck, secamente—. Y lo que es peor, sabes que puedes morir, lo mismo que Lana y Perkins. ¿Quién te telefoneó? Habla, querida.

Estaba pálida, pero no respondió, por lo menos como Dereck deseaba.

—Ya te lo he dicho, John, un amigo.

—Ya te oí, Cora —replicó, armándose de paciencia—. Ahora, ¿quieres decirme quién es ese amigo?

—Escucha, querido —y le miró de frente, entornando los ojos—; nada te da derecho a interrogarme con respecto a mis amistades. Nada, ¿comprendes? Aquí puedes venir cuando lo desees, que siempre serás bien recibido, pero nada más. Mis amistades son única y exclusivamente mías, así como las tuyas son de tu única incumbencia. Hazme caso y de esa manera nos llevaremos bien tú y yo.

De momento, Dereck no contestó. Dejó que su mente ordenara algunas ideas y, mientras lo hacía, fue al mueble-bar y de éste al frigorífico. Cuando se volvió hacia ella, llevando el vaso en la mano, replicó:

—Llevarías razón, Cora, cielo, si no fuera porque se me acaba de ocurrir la idea de que la persona que te llamó no lo hizo precisamente por ser amigo tuyo, sino todo lo contrario. Incluso apostaría, sin temor a equivocarme, a que éste tiene bastante que ver, mejor dicho, tenía bastante que ver con Manning, e incluso con la propia Lana. ¿Me equivoco, preciosa?

—¡John! Pero... ¿qué tonterías estás diciendo? —Se acercó felina, peligrosa, y le prendió el cuello con los brazos. Entonces añadió—: Por favor, querido, ¿por qué no dejas de decir tonterías y piensas en nosotros dos?

Dereck no pudo responder. Les interrumpieron de modo harto violento.

—Una bonita escena, Cora. Confieso que no la esperaba.

Cora lanzó un grito y apartó los brazos del cuello de Dereck, con el semblante tan blanco como la nieve.

—¡Eliot!

Pero Barclay no venía solo. Junto a él, empuñando, lo mismo que el primero, una automática de gran calibre, había un joven. De unos veinte a veinticinco años. Alto, delgado, de pelo rubio y ondulado: Sus ojos azules, extrañamente azules, no se apartaban de la figura de Cora, pero las dos armas apuntaban a Dereck, que inició una pregunta, que Barclay se encargó de interrumpir con otra dirigida a ella:

—Querida —dijo—, ¿dónde lo tienes? Dámelo, ¿quieres?

—Pero, Eliot..., te he dicho que...

—¡Basta! Esta mañana recibí tu recado telefónico, Querías un montón de dólares, y voy a pagarte en plomo. Vamos, ¡dámela!

—¡Yo no te he telefoneado, Eliot! Ni siquiera sé de qué me estás hablando.

—Por última vez...

—Por favor, ¡no! No lo hagas. No... no tengo nada que sea tuyo, Eliot.

Dio un par de pasos al frente y el rubio la apuntó con la automática. Pero las palabras brotaron de los labios de Eliot

Barclay:

—Quieta, gatita —dijo. Hizo un gesto a su secuaz y anadió—: Encárgate de ella, Jim.

El rubio sonrió enseñando los blancos dientes, y a Dereck no le gustó su sonrisa. Al parecer, a Cora tampoco, ya que empezó a retroceder, mientras que éste se guardaba la automática en el bolsillo de la americana.

Cora apoyó su desnuda espalda contra la pared, en tanto que el rubio Jim se le iba acercando con una sucia sonrisa en la boca.

Llegó junto a ella que, con los ojos desorbitados por el miedo que sentía, no dejaba de gemir.

—No..., no lo haga... No sé...

El rubio movió las manos. Dereck vio cómo las apoyaba contra el cuerpo de Cora, y casi al instante ella empezó a retorcerse de dolor. Repentinamente cayó de rodillas y su súbito y angustioso grito le taladró los oídos.

El rubio se inclinó sobre ella, y su risa coincidió con el nuevo grito de Cora.

Fue entonces cuando Barclay, sobresaltado con aquel grito que no esperaba, y que sonó aún más dolorosamente agudo que el primero, volvió el rostro para mirarla.

Notando la boca seca y la lengua pegada al paladar, Dereck saltó de costado, llevándola maño a la funda de la axila. Pero Barclay le vio.

—¡Cuidado, Jimmy! —gritó.

El rubio se volvió hacia Dereck, y disparó a través del bolsillo de la americana, justo en el momento en que éste lo hacía a su vez contra él. Luego saltó de nuevo, sin esperar a ver el resultado de su disparo, y enfrentó a Barclay.

Y en aquel instante le alcanzó la bala que disparaba.

Dereck sintió un fuerte golpe, la cabeza pareció estallarle en tanto que una nube roja le cegaba, y ya no supo más, hasta mucho más tarde.

CAPÍTULO VI

Su cabeza descansaba en algo blando. Ésta fue la primera sensación que experimentó antes de abrir los ojos. Y cuando lo hizo supo que aquello tan extrañamente blando eran los muslos desnudos de Cora y que la casa se encontraba llena de policías.

Dereck hizo ademán de incorporarse y todo empezó a dar vueltas a su alrededor, mientras que su cabeza amenazaba de nuevo con estallarle. Gimió de dolor.

En el acto alguien le ofreció un vaso de agua y dos aspirinas. Dereck estuvo tentado de mandarle al diablo, pero se las tomó sin una sola protesta cuando se dio cuenta de que se trataba del teniente Mac Harrison.

Y mientras bebía, le oyó decir:

—Ha estado a punto de irse al infierno, Dereck. ¿Cómo ocurrió?

Miró a Cora, que continuaba callada, y soportando estoicamente el peso de su cabeza sobre sus muslos.

—¿No se lo ha contado ella, teniente? —preguntó con un tono de voz que hasta él mismo se sorprendió de que fuese suyo.

—Sí, pesquisa, lo hizo, pero deseo oír su propia versión. Póngase en pie, que *miss* St. Loman se lo agradecerá. Debe estar cansada.

Dereck lo intentó, pero él tuvo que ayudarle.

Un tanto mareado miró a su alrededor. A un extremo del grande y lujoso *living*, vio una pareja de uniformados policías, y a los pies de aquéllos, un alargado bulto, cubierto con una sábana.

Entonces clavó los ojos en Mac Harrison, pero la encargada de dar respuesta a su no formulada pregunta, fue Cora:

—Se trata de Jim Murdock, John, querido. Le volaste la cabeza con tu disparo. Luego Barclay disparó contra ti y... ¡Oh, John, cielo, creí que te había matado!

Dereck no replicó, porque el teniente Mac Harrison se lo impidió con sus palabras:

—Aún estoy esperando que me diga cómo pasó, Dereck.

Y él se comió la maldición que iba a soltar, y a continuación, le explicó lo que había ocurrido, pero omitiendo la conversación que Cora tuvo con Barclay, sospechando que ella tampoco había dicho nada de aquello.

Vio el alivio en sus ojos y comprendió que había estado acertado en todo.

—¿No se deja algo en el tintero, Dereck?

—No, nada que yo sepa, teniente. —Hizo una ligera pausa y contraatacó, antes de que Mac Harrison pudiera decir algo más—: ¿Qué fue de Barclay, teniente? Ese hombre es un asesino.

—Lo sé, pero por ahora ha escapado. *Miss St. Loman* me ha dicho que tan pronto como le vio caer, escapó. He radiado su descripción, y a estas horas unos cuantos miles de policías le están buscando.

Enfrentó a Cora y añadió:

—Perdone lo que voy a hacer, *miss St. Loman*, pero necesito que no se mueva de Nueva York, por lo menos en cierto tiempo.

—¿Por qué no? ¿Es que sospecha de mí?

Dereck vio cómo sonreía cuando replicó:

—No, pero temo por usted. No olvide que Barclay es un «gángster» que ya ha matado dos veces, y que ha intentado matar la tercera, y, por último, aún continúa suelto. Mi deber es vigilar que a usted no le pase nada. —La miró con gesto especulativo y agregó—: ¿Quiere decir que no sabe por qué intentó matarla?

—No, teniente. Ya se lo dije. La única explicación que encuentro es que, posiblemente, él crea que yo sé algo con respecto a lo que ocurrió la noche en que Manning se suicidó. Algo que él no desea que se conozca, y por eso ha tratado de eliminarme. Otra cosa no me la explico.

—¿De verdad que no sabe lo que pueda ser, *miss St. Loman*?

—¡Teniente..., por favor...!

—De acuerdo, pero, si recuerda algo, telefonéeme al Precinto.

Se volvió a mirar a Dereck y añadió:

—¿Viene conmigo?

No podía negarse. Si lo hacía, Mac Harrison creería que le guiaba otro motivo que no fuera Cora, lo que era cierto, pero no deseaba que lo supiera.

Por tanto, Dereck accedió.

—Hasta la Quinta Avenida, teniente —replicó, sin mirar a Cora, sabiendo que si lo hacía ella se daría cuenta que deseaba hablarla.

—Correcto, vámonos.

Dereck fue detrás de él, tocándose la cabeza. Dándose cuenta, por primera vez, que la tenía completamente vendada.

Entonces preguntó, antes de llegar a la puerta de salida:

—¿Dónde me dieron, teniente?

Cora, que iba detrás de ellos, fue la encargada de darle la respuesta:

—En la cabeza, John, querido. Te rozó la frente y caíste como un saco sangrando enormemente. Corrí, te curé como pude, cuando vi que no habías muerto, y luego llamé a la policía.

Dereck dio las gracias, y continuó andando detrás de Mac Harrison. Unos segundos antes de que cruzara el umbral, Cora le llamó:

—John.

Dereck se detuvo y se volvió para mirarla. Incitante y prometedora. Con un brillo cegador en sus hermosas pupilas. Pero no replicó, por lo que ella añadió en vista de su silencio:

—Espero que nos volvamos a ver, querido.

—Yo también, Cora —dijo con segunda intención.

Se volvió en redondo, y sin esperar respuesta fue hasta su coche. Mac Harrison permanecía junto a la portezuela, que abrió. Dereck entró cuando se apartó un poco para dejarle pasar, colocó las manos sobre el volante y entonces preguntó:

—¿Qué piensa hacer ahora?

Dereck arqueó una ceja.

—No le entiendo a usted, teniente.

Mac Harrison le dedicó una cariñosa sonrisa, que en contraste sentó a Dereck peor que un tiro.

—Quiero decir que ya sabemos que Eliot Barclay es el asesino y este caso está prácticamente terminado para usted, ¿no?

—Sí, claro, teniente —respondió, sin convicción alguna.

—Cúidese. La policía no podrá hacer nada por usted, por el momento, y no me gustaría que Barclay le encontrara antes que nosotros a él.

Dereck le agradeció el consejo y tomó el camino de Nueva York,

pensando en la cita que tenía para aquella noche a las nueve, con Marga, la doncella de Paula Richardson, y en que no le gustaba el extraño comportamiento que Mac Harrison observaba para con él desde que empezara todo aquello.

Pensando en Velda y en lo que deseaba que Velda hiciera por él.

Por tanto, una vez en Nueva York, condujo directamente hacia la Quinta Avenida, atravesando Broadway todo lo más rápidamente que pudo, y de allí a la calle 16.

Velda se encontraba allí, y no como figura decorativa, sino como la vez anterior, interesada en las costuras de sus medias. Pero ahora no continuó con lo que estaba haciendo, cuando le vio.

—¡Oh, John, querido! Confieso que no te esperaba.

Un segundo más tarde corrió hacia él enlazándole el cuello con los brazos.

—¿Tienes mucho trabajo, querida?

Al segundo siguiente una tímida sonrisa jugueteó entre sus rojos y adorables labios.

—¿Como figura decorativa, John, querido?

—¡Cómo día...! Perdona, Velda, pero necesito de ti, y ahora mismo. Es importante. Por tanto, voy a pedirte que por unos segundos hagas un esfuerzo y te dejes de bromas. ¿Podrás?

Ella se puso seria, pero aun así, fue a sentarse en el pico de la mesa, mostrándole la bella pierna derecha, algo más de lo usual.

—¿Para qué, John, amor?

—Te necesito, como te decía, para que hagas, en las intermediaciones de Chicago, un trabajo para mí, muchacha. ¿Estás dispuesta? No es nada arriesgado y...

—Iría aunque lo fuera, John, y tú deberías saberlo ya.

—Gracias, Velda, preciosa.

—Bien, ¿qué es ello?

Dereck no respondió. Pensaba. Y tradujo parte de sus pensamientos en palabras cuando contestó:

—Te lo explicaré después, querida.

Lo que le sirvió para que Velda, en vez de obsequiarle con una sonrisa, le dedicara una bien fingida mirada malévola.

Sin hacer caso de aquello, Dereck continuó:

—Podemos irnos ahora mismo, Velda.

Ahora sí le sonrió. Alargó la mano, sin bajarse del pico de la

mesa, tomó el bolso, lo abrió, y del interior del mismo extrajo la barrita de «rouge» y el espejito, y a continuación dijo, mirándole a los ojos:

—Espera un segundo, cielo.

Al fin salieron. Tres minutos más tarde y cuando vio la dirección que llevaban, Velda preguntó:

—¿A dónde me llevas, John?

—A casa. Supongo que desearás un poco de ropa, antes de emprender el vuelo hacia Chicago, ¿no? Luego te llevaré al aeropuerto.

—¡Pero, querido! Eres..., eres excepcional por lo desesperante. ¡Y yo que creí que me ibas a despedir con una buena cena en cualquiera de esos buenos restaurantes que conoces! Es..., es inverosímil...

Dereck se calló. Pero el súbito aumento de velocidad en el coche, aumento que empezó con una sacudida que la hizo caer contra el respaldo del asiento, le dijo claramente cuál era su estado de ánimo en aquel momento, y a consecuencia de sus palabras.

No se enfadó. Se echó a reír. Y durante todo el trayecto hasta el apartamento, no pronunciaron palabra alguna, pero cuando, ya en el interior, se volvió para mirarla, Velda fue a sus brazos, también en silencio.

Lo rompió Dereck, un poco después, separándola.

—Será mejor que te cambies, mientras yo telefono para reservarte un pasaje en el próximo avión de Chicago. ¿Conformes?

—Sí, John, querido. Lo que tú digas.

Se fue, y mientras se alejaba la miró de pies a cabeza, olvidado completamente de la chica del bikini en el calendario del bar, hasta que la perdió de vista.

Entonces se acercó al frigorífico, se bebió el primer *whisky* de golpe. Luego se preparó otro y, con el vaso en la mano, se acercó al teléfono.

Cuando Velda regresó a su lado, vistiendo escotada y sencilla blusa, y acampanada minifalda, poniendo con aquello de manifiesto la innegable belleza de sus piernas, Dereck iba ya por el tercer *whisky*, y tenía reservado el billete del avión.

Y apartó los ojos de ella, mientras se le acercaba, y consultó el reloj.

El avión de Chicago despegaba a las ocho de la noche. Le quedaban pues tres horas. Tres largas horas de espera, aunque tuviera que pasarlas al lado de Velda, una mujer a la que había aprendido a amar como a ninguna otra.

Sin pronunciar palabra la tomó de la mano y la llevó al sofá. Velda se sentó, cabalgando una pierna sobre la otra.

Notando que el nudo de la corbata le apretaba un tanto, Dereck preguntó:

—¿Quieres algo de beber?

—¿Qué tomas tú, querido? ¿*Whisky*?

Dijo que sí, y entonces le pidió que le sirviera otro. Dereck lo hizo.

Luego se sentó frente a ella, procurando mirar su rostro, algo que no era tan peligroso como la maravilla de sus piernas.

—Esta noche puedes quedarte a dormir en Chicago, preciosa —dijo—. Pero mañana, apenas amanezca, tomas el autobús hasta Harvey. Es de allí de donde vino Mona Carrigan. Me refiero a la...

—Muchacha que murió en la finca de Manning, John, querido. Ya lo sé —interrumpió Velda—. Y una vez en Hayver, ¿qué quieres que haga?

—Muy sencillo. Ve en busca de la policía. Eso, si no hay periódicos. Si los hay procura ver los ejemplares atrasados que allí trataron de la muerte de Mona. Copia lo más importante y tráemelo. ¡Ah! Si se publicó alguna fotografía de la chica, o de alguien que tuviera conexión con ella, tráela, sea como sea.

—¿Eso es todo?

—Sí, Velda, eso es todo.

—¿Cuándo debo salir?

—A las ocho sale tu avión, querida.

Velda se puso en pie y se le acercó. Alargó la mano, mirándole fijamente, mientras acariciaba su vendada frente:

—Y tú, John, ¿vas a ir en busca de la persona que te hizo eso?

De modo que se había dado cuenta desde un principio y no preguntó. Intrigado, Dereck indagó:

—Creí que no te habías dado cuenta, preciosa.

—Lo vi desde un principio, John —replicó—. Pero tú lo dices porque no te pregunté, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Es fácil, John, querido. No deseaba preocuparme. No deseo hacerlo, aunque sé que siempre vas de un lado para otro, con esa horrible automática colgada bajo la axila. No quiero, porque ahora, cada hora, cada día, cada noche, cada segundo que pases fuera es un suplicio para mí... ¡Y ya es bastante, John!

Dereck no respondió. No lo hizo en unos cuantos segundos, pero por fin dijo:

—No debes preocuparte demasiado, Velda. No me ocurrirá nada.

—Gracias por intentar consolarme, John, querido —replicó ella.

Se inclinó sobre la mesa, tomó el vaso y de un solo trago apuró el *whisky* que contenía, sin apartar el embrujo de sus ojos negros de los de Dereck.

Luego lo soltó y se le acercó, y en aquel momento sonó el timbre del teléfono, sobresaltándoles a los dos.

Dereck maldijo entre dientes en tanto que ella lanzaba un ligero grito y volvió a maldecir, pero ahora contra el teléfono, cuando se acercó a la mesita y levantó el auricular para colocárselo pegado al oído derecho.

—¿Dígame? —preguntó.

La contestación que recibió le hizo soltar un respingo, y luego escuchar atentamente aquella explicación que no esperaba, en modo alguno.

CAPÍTULO VII

Llevando aún el auricular en la mano, Dereck se volvió hacia Velda.

—Tengo que marcharme ahora —dijo—. Y lo siento, querida.

Y decía la verdad de lo que pensaba, aunque no supo si ella lo creyó así.

—John..., pero eso...

Dereck la interrumpió brutalmente:

—Han matado a Cora St. Loman. De un tiro en la cabeza, Velda, amor. El teniente Mac Harrison me está esperando —y ella frunció el ceño al oírlo nombrar—. Él es quien me acaba de telefonear.

Velda se le acercó y le besó en los labios mucho antes de que Dereck pudiera añadir una palabra más.

Luego, cuando el beso terminó, ella tartamudeó:

—Entonces..., yo...

—Tendrás que ir sola hasta La Guardia, querida. Cuando regreses, que ha de ser lo más rápidamente posible, mañana mismo, ven directamente aquí. Es..., es muy importante, ¿comprendes?

—Sí, John... Sé, que cualquier caso de los tuyos, es mucho más importante que... que... Pongamos por caso, que la chica del bikini en el bar de...

Dereck la mandó al infierno, pero Velda no se movió, sino todo lo contrario, le enlazó el cuello con los brazos y le besó con los misteriosos ojos chispeantes.

Cuando se separaron un par de minutos más tarde, Dereck dio media vuelta y sin pronunciar palabra abandonó el apartamento.

Cora estaba caída en el centro del *living* de su apartamento, con la ropa hecha jirones.

Continuaba tan hermosa como cuando estaba llena de vida, si no se le miraba el rostro. Si no se miraba el horrible destrozo que la

bala del 45 había causado en Jo que fue antes una hermosa cabeza de mujer.

Mac Harrison, que salió a su encuentro apenas preguntó por él, fue el encargado de mostrársela. Hecho esto, piadosamente, la cubrió con una sábana que uno de sus hombres trajo del dormitorio, y los dos quedaron en espera de la ambulancia.

Fue después, cuando se la llevaron, el momento que Dereck escogió para preguntar:

—¿Cómo la encontró, teniente?

—No hace mucho llamaron a la policía. Fue una voz de hombre, diciendo que en este apartamento había el cadáver de una mujer muerta de un tiro.

—Una llamada anónima, ¿no?

—Sí, claro. Y, posiblemente, hecha por el propio asesino.

—Sí, tal vez... —respondió Dereck en tono evasivo, lo que motivó que Mac Harrison le mirara con redoblado interés.

Y preguntó en vista de que no decía nada más:

—Supongo que sabrá quién lo hizo, ¿no?

—Pues supone mal, teniente, porque no lo sé.

—¿No? Pues yo estoy seguro de que fue Elliot Barclay el que la liquidó. No olvide que quiso hacerlo una vez, delante de usted, Dereck, y en aquella ocasión por poco si no le vuela la cabeza.

Aquello también lo sabía él, y posiblemente, a pesar de los prejuicios que tenía en su contra, pensó que Mac Harrison llevaba razón en sus sospechas, pero para él, aquello no encajaba. No, precisamente, el asesinato en sí, sino algo que aún no sabía cómo definir.

—¿No opina la mismo, Dereck?

Ante la nueva pregunta del teniente, y quizá por primera vez desde que se conocían, respondió con la verdad de lo que pensaba:

—No lo sé, polizonte. Puede ser como usted dice, pero hay algo que no encaja.

—¿Qué diablos quiere de...?

—No lo sé —repitió una vez más—. No me pregunte porque no puedo darle una explicación ni medianamente satisfactoria.

Pero al expresarse así pensaba en Velda y en el vuela que iba a efectuar aquella misma noche. Recordaba a Whanda y a Paula y la cita que tenía con la doncella.

A las nueve de la noche. Una hora más tarde de que Velda abandonara Nueva York, vía Chicago, para después, como etapa final de su viaje, encaminarse a Harvey.

—¿Qué es lo que está ideando, Dereck?

—¿Ideando? Nada. Confieso que nada, teniente. Confieso también que tengo muchas ideas, pero que hay una, tal vez la principal, que escapa a mi entendimiento. Que escapa a mi mente, y precisamente a causa de la muerte de Cora.

Mac Harrison no respondió.

Salieron fuera, luego sus hombres precintaron la puerta del apartamento, y, una vez junto al «Cadillac» de Dereck, Mac Harrison le enfrentó abiertamente.

—Precisamente le llamé para eso, para que me diera una idea, por si ésta era idéntica a la mía. Yo también creo que hay algo de extraño en todo esto, pero no sé lo que es —le envolvió en una larga mirada y añadió—: Escuche, Dereck, estoy tratando de no perder la paciencia con usted, ¿comprende?

—No. No le comprendo —respondió el aludido.

—Se lo diré más claro. Me gustaría, si averigua algo, que me tuviera al corriente de ello.

—Pero...

—Nos conocemos desde hace tiempo, Dereck, y cuando sus ideas no están conformes con las mías, aunque sea mínimamente, pierdo el sueño. Por tanto, espero saber todo lo que usted sepa, y mucho antes de que empiece a actuar por su cuenta.

—Continúo diciéndole lo mismo que...

Le interrumpió una vez más, casi en seco:

—Sé todo eso, Dereck. Y como lo sé, en parte, también le he llamado por lo mismo. Para darle un consejo.

—Ahora, tal vez resulte que yo maté a Cora y a los demás, ¿no? Apuesto a que por no perder la costumbre, sospecha de mí, ¿verdad?

No se rió, no dijo nada. Simplemente se volvió en redondo y subió a su coche. Entonces sacó la cabeza por la ventanilla.

—Todo lo que usted sepa —dijo como despedida—. Esta noche, al llamarle, le he querido dar la oportunidad para que me dijera todo cuanto supiera sobre este asunto. Si no ha querido, peor para usted. Si no lo sabe... Bueno, eso es otra cosa, aunque le diré, que

me cuesta trabajo creerlo.

Arrancó mucho antes de que Dereck pudiera soltarle lo que pensaba de él.

Quedó allí, sobre la acera, pensando en Cora, que ya no besaría a nadie más.

Y pensando en ella y en su asesino, en su posible asesino, consultó el reloj.

Entonces maldijo una vez más, porque en aquel momento eran las nueve en punto, y aquella doncella no iba a poder decirle nada de lo que deseaba saber, y que, posiblemente, ella sabría con creces.

No obstante, Dereck se encaminó a su coche, empuñó el volante y tres o cuatro segundos después se hallaba conduciendo hacia el lugar donde Paula Richarson tenía sus oficinas.

La vio antes de descender del coche, pero no era Marga, sino Whanda. Whanda, que terminaba de abandonar el edificio, llevando una carpeta en la mano, posiblemente, llena de papelotes. Whanda, que se acercó tan pronto como lo detuvo junto al bordillo de la acera.

Miró el auto mientras le devolvía el saludo, y luego clavó los ojos en los de Dereck.

—Es una lástima lo que está haciendo con su coche, míster Dereck —espetó, de buenas a primeras—. Un automóvil como ése necesita mejores cuidados.

Dereck la miró, sin comprender.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

Sonrió. Y, según pensó, fue aquélla la primera vez que la vio sonreír.

—Algo le falla en el encendido —afirmó, ante su estupor—. Ahora, así, de pronto, no sé lo que es, pero es cierto. Lleve el coche a que lo repasen o estropeará ese magnífico motor.

—Me deja de una pieza, preciosa —replicó Dereck, diciendo la verdad—. Yo sé conducir, pero nada más. Para mí, está perfectamente. ¿Cómo lo ha notado?

Sonrió por segunda vez.

—Por el ruido —respondió sencillamente—. Llévelo a que lo repasen, y ya me dirá si tengo o no razón.

Fue a responder algo, pero sus siguientes palabras se lo impidieron:

—¿Acaso venía a verme a mí, míster Dereck?

Dudó unos segundos entre decir la verdad o no, y mintió:

—No, Whanda. Deseo hablar con Paula. Debo hacerle unas cuantas preguntas. ¿Está arriba?

—Sí. Y le recibirá. Paula también desea verle a usted.

—¿A mí? ¿Para qué?

Se rió. Su argentina carcajada estalló en la noche, dejándole aún más perplejo que cuando afirmó que el encendido de su coche tenía un fallo.

Y ya no le dio tiempo a preguntar una vez más, pues dejó de reír y respondió:

—Es una sorpresa. Una hermosa sorpresa para usted, ya que Paula piensa pagarle bastante bien por su colaboración.

—¿Qué diablos me está dando a entender, querida?

Volvió a reír una vez más y, a continuación, replicó, señalando con el dedo a su espalda:

—No estoy autorizada a decírselo, pesquisa. Pero suba. Paula se alegrará de verle.

Sin darle tiempo a contestar, Whanda dio media vuelta y se alejó hacia la parada del «bus», contoneando diabólicamente las caderas.

Dereck descendió del coche, atravesó la acera, entró en el amplio portal, y se dirigió al ascensor.

Paula deseaba verle para hablarle, pero, mientras subía, sus pensamientos eran para la doncella.

Ella, Paula misma, le abrió la puerta, llevando una escotada blusa, donde el nacimiento de los senos eran un atractivo más añadido a los que ya tenía, y unos cortísimos *shorts*, que dejaban al descubierto sus hermosas y largas piernas hasta mucho más arriba de medio muslo.

Le sonrió.

—¡Míster Dereck! —exclamó, mientras se apartaba de la puerta—. Pase, por favor. No sabe lo que me alegro de su visita.

Dereck no respondió, pero hizo lo que le mandaba.

Ya en el *living*, Paula le indicó que se sentara y, mientras lo hacía, ella se acercó al frigorífico.

Cuando regresó, llevaba en las manos un par de vasos con *whisky*, que depositó a su lado. Hecho esto se sentó y Dereck se dijo a sí mismo que jamás había visto tanta elegancia en un gesto

cuando, en forma desenfadada, cabalgó una de sus desnudas piernas sobre la otra.

—¿Me buscaba a mí, o deseaba hablar con Whanda? —preguntó.

—Lo hice en la calle, Paula —respondió Dereck—. Pero la verdad es que si vine fue porque deseaba hablar con usted, de algo importante.

Paula abrió un poco más los grandes y rasgados ojos y preguntó:

—¿Respecto a Lana Barris?

—También de ella, aunque eso, por ahora, queda en segundo término.

Bebió un poco, mirándole por encima del borde del cristal, y esperó a que terminara de hacerlo.

—¿Entonces...?

—Se trata de Cora St. Loman. Usted la conocía, ¿no?

—Sí, un poco —replicó secamente.

—Cuénteme algo de ella, ¿quiere?

—No puedo, o no quiero, pesquisa —respondió, más secamente aún—. Cora y yo no nos llevábamos bien. Por tanto...

Dejó la frase sin terminar mientras alargaba la mano para tomar el vaso y empezar a beber por segunda vez.

Mientras lo hacía, gozándose de antemano con ello, a pesar de que lo sentía por Cora, Dereck soltó la bomba:

—¿Sabe que ha muerto, Paula? La mataron hoy, hace poco, de un tiro en la cabeza. Y no era un espectáculo muy agradable verla, créame.

Paula se puso violentamente en pie, mientras palidecía bajo la sabia capa de maquillaje y parte del *whisky* se derramaba sobre sus desnudos y redondos muslos.

—¡Está usted mintiendo! ¡No puede ser!

Dereck tomó el vaso y bebió, sin que Paula apartara sus ojos de él.

Hasta que, repentinamente, preguntó:

—¿Quién...? ¿Quién lo hizo? ¿Lo sabe usted?

—Con seguridad no, Paula —respondió, sin faltar a la verdad—. Aunque la policía cree que fue un hombre llamado Eliot Barclay. Uno de los que se encontraban con Lana Barris, cuando la muerte de Mona y el suicidio de Manning.

—Y... Pero vamos, ¿qué tiene que ver una cosa con la otra?

—No lo sé aún, querida. Si lo supiera, sabría también quién es el asesino, y tal vez quién es el hombre o la mujer que le escribe esas cartas llenas de amenazas de muerte. Y por cierto, ¿ha recibido alguna otra?

—No. Hace días que no recibo ninguna. Se puede decir que desde que mataron a la pobre Lana, nadie me ha escrito, por lo menos en ese sentido.

Se puso en pie y la imitó sin soltar el vaso, que aún continuaba en su mano. Era un buen *whisky* y, por tanto, una lástima desperdiciarlo.

—Bébase eso, John —dijo, llamándole por primera vez por su nombre—. Nos vamos.

Dereck la miró por encima del borde del cristal, y Paula interpretó debidamente su mirada, ya que añadió:

—No deseo ir sola a mi apartamento, John. Acompáñeme, por favor.

Después de apurar el *whisky* de un trago, Dereck asintió en silencio.

En el acto le prendió de un brazo, y tiró de él hacia la puerta, que cerró con llave apenas atravesaron el umbral.

Descendieron hasta la planta baja, utilizando el ascensor.

En la calle, Paula se colgó materialmente de su brazo, y su tenue y fascinante perfume le hirió el olfato, desasosegándole. Y aquello no le gustó, en modo alguno.

Al tomar hacia la izquierda, Dereck preguntó:

—¿A dónde vamos?

—En busca de mi coche —replicó—. Es un «Ford Galaxie 500».

Y había un deje de orgullo en su voz.

Dereck pensó rápidamente, y de resultas de aquellos pensamientos decidió dejar el suyo en el lugar donde permanecía estacionado, y seguirla a ella.

Un «Ford Galaxie 500».

Era exactamente el coche que una mujer como Paula debía llevar. El único complemento que le caía bien a su carrocería. Era... Bueno, tan grande como un tanque, pero con menos carrocería que ella. No obstante, estos pensamientos, Dereck se los guardó para sí mismo.

Paula condujo hacia la carretera 53 Oeste, y cuando las ruedas del «Ford» la pisaban, rompió el silencio para decir:

—¿Sabe a dónde le llevo, John?

—Lo he supuesto, preciosa —respondió, arriesgándose un tanto con el piropo—. A esa quinta a la cual estoy invitado el sábado por la noche, ¿verdad?

Le sonrió y Dereck sintió cosquillas en la nuca.

—Es allí —afirmó, después de la sonrisa—. He querido que la vea antes que ninguno de mis invitados.

Dereck no preguntó el porqué de este deseo, ni ella dio explicación alguna.

Media hora más tarde, ambos se encontraban en el interior de la misma, en una inmensa sala de estar, amueblada con un gusto exquisito, y Dereck sentado en un amplio y mullido sofá, y Paula, en el mueble-bar, preparando cualquier clase de bebida, hasta que regresó a su lado, sentándose junto a él.

—Deseo hablarle de...

Dereck la interrumpió.

—Primero, si le parece, Paula, me gustaría que me hablara de Lana.

Paula arqueó una de sus finas y elegantes cejas.

—¿Ése es su precio, John?

—¿Mi precio? —preguntó Dereck, a su vez.

—Claro. Usted dijo que había visto a Whanda y yo estoy segura de que ella le dijo que yo no tenía sumo interés en pedirle a usted un favor. ¿O no es así?

—No exactamente, Paula —replicó—. Pero ¿qué hay de Lana? Deseo saber más cosas de ella. Cosas que usted no me contó en nuestra primera entrevista.

—¿Como, por ejemplo...?

—Todo lo que usted sepa, querida, pero podemos empezar por las relaciones que la unían a Manning. Además de su secretaria, de estar enterada de todo el tráfico sucio de éste, era su amante, ¿verdad?

—No, John, no lo era. Lana me lo confesó, cuando la encontré. Ella buscaba adictos a las drogas. Y distribuidores de las mismas. Y también chantaje entre otras cosas, John. Era... bueno, la prometida de Eliot...

Dereck ya no la escuchaba.

Su mente trabajaba a toda presión, mientras, en lo más recóndito de su cerebro, una extraña idea pugnaba por abrirse paso, sin conseguirlo.

—¿Y ésa era la verdad que usted iba a contar, Paula? —preguntó.

—¡Nada de eso, John! Era un programa como todos los demás. Ciertamente mi modo de trabajar no es éste, pero Lana pagaba bien, y podía mentir un poco por ella. Lana entre otras cosas era artista, y le interesaba volver nuevamente a las pantallas. El pasado estaba muerto, o, por lo menos, lo creía así.

—Sí, puede que sea como usted dice, Paula —respondió Dereck, en vista de que callaba—. Pero alguien la mató, aunque yo fui la mano ejecutora, y ahora su programa está arruinado.

Paula bebió largamente, antes de contestar a sus palabras, y cuando lo hizo, Dereck no tuvo más remedio que saltar sobre el sofá, aunque no llegó a levantarse del todo.

—¿Arruinado...? No lo crea, John, y para ello cuento con usted. Eso es lo que le iba a pedir, que actuara conmigo frente a las cámaras de televisión. Le pagaré hasta quince mil dólares. ¿Acepta?

Dereck recobró el aliento unos segundos más tarde, mientras Paula le miraba fijamente, al parecer sin darse cuenta de su actitud, a todas luces extraña, ya que la verdad es que se encontraba violentamente asombrado.

Hasta que finalmente preguntó:

—¿Yo en televisión, Paula? ¿Y qué es lo que puedo hacer en ese sentido?

De nuevo le sonrió.

—Eso corre de mi cuenta, John. Usted sólo se tendrá que sentar a mi lado y responder a unas cuantas preguntas que yo misma le haré, aunque de antemano debo advertirle que todas estarán relacionadas con Lana Barris.

—¿Sí...? ¿Y qué debo contar, querida?

—La verdad. Ahora, que está muerta, toda la verdad. La que conocemos. Lo que era Lana y cómo murió. Usted, prácticamente, fue el que la mató al apretar el zumbador de la puerta de su apartamento, y eso interesará al público. Pero, en fin, de aquí al domingo, podemos ponernos de acuerdo en todos los detalles.

Piénselo, John. Quince mil dólares son bastantes dólares, ¿no?

Dereck no respondió. Repentinamente, se halló pensando en lo que haría con quince mil dólares.

CAPÍTULO VIII

Dereck no esperaba encontrarle allí, y más si se tiene en cuenta que el teniente Mac Harrison y sus muchachos estaban detrás de él desde hacía muchas horas.

Pero estaba su secretaria.

Eran las doce del día siguiente cuando pulsó el botón del zumbador que daba acceso a la serie de apartamentos que Eliot Barclay tenía para oficinas.

Y eran las doce y tres minutos cuando la puerta se abrió, enmarcando en el umbral la figura oxigenada y hermosa de Terry Mac Harris, su secretaria particular.

Dereck arqueó ambas cejas cuando la vio, y se le olvidó pensar en la chica del calendario de marras. Incluso en Velda O'Hara.

—Míster Barclay no está —fue su primer saludo.

—Lo supongo, querida —dijo Dereck—. Ahora, sabiendo esto, ¿quiere dejarme pasar? Deseo hacerle unas cuantas preguntas.

—Ya me las hizo la policía. Lárguese y déjeme en paz.

—Me iré cuando hable con usted. Yo también soy...

—¡Usted no es policía, míster Dereck! Sólo un pesquisa que busca algo y no lo encuentra. ¿Se marcha ya?

Dereck denegó con la cabeza.

—Nada de eso, querida —añadió—. Deseo saber dónde se encuentra su jefe, y usted me lo va a decir.

Hizo ademán de cerrar la puerta, pero se lo impidió, empujándola hacia atrás.

Gritó agudamente antes de dar con sus preciosos huesos en el suelo, mostrándole al techo y a él la innegable belleza de sus piernas envueltas en nylon, cuando dio un par de vueltas sobre sí misma, para sentarse a continuación.

Dereck cerró la puerta a su espalda y se volvió para mirarla.

Terry se estaba incorporando en aquel momento.

Hasta que, por fin, quedaron frente a frente, mirándose como dos gallos de pelea.

Y fue Dereck el que primero tomó la palabra:

—Escucha, preciosa —dijo, tuteándola—, no voy a tener miramientos contigo, ¿entiendes? He venido para que me digas dónde puedo encontrar a Eliot. La policía le está buscando...

—Sé todo eso, fisgón —interrumpió ella, mordiendo las palabras—, pero lo que tú no sabes es que yo ignoro su paradero —calló, pensativa, unos segundos y, acto seguido, añadió—: Eliot Barclay es un tipo curioso. Sí, muy curioso.

—¿En qué consiste su curiosidad, muchacha?

Terry se encogió de hombros y replicó:

—¡Oh! Siente verdadero amor por estas oficinas. Estoy segura de que moriría si se apartara mucho de ellas.

Con lo que Dereck se quedó igual que antes. Por tanto, preguntó:

—¿Eso es todo?

—Sí. No lo sé. Le he dicho la verdad. El teniente Mac Harrison del Departamento de Homicidios se lo puede confirmar.

Por aquella vez, Dereck se abstuvo de maldecir.

Sin replicar, miró alrededor, hasta que sus ojos tropezaron con la mesita sobre la cual estaba el teléfono. Se acercó, procurando no perderla de vista.

Levantó el auricular y empezó a marcar, pero no llegó a terminar de hacerlo porque Terry preguntó:

—¿A quién llama, a la policía?

—Sí, querida. Deseo saber si el teniente Mac Harrison ha oído hablar de ti, o si por el contrario, desea venir a verte, y ahora mismo.

Terry no se alteró lo más mínimo. Simplemente, se limitó a responder con la más absoluta tranquilidad:

—Y correrá un ridículo porque le he dicho la verdad. Vamos, continúe marcando esa cifra.

Dereck no lo hizo. La estaba observando atentamente, preguntándose si mentía o no.

En mente se dijo que no y se tildó de estúpido. Entonces, soltó el auricular y se acercó a ella. Terry no retrocedió, sino que levantó la barbilla hacia él, con manifiesto gesto de desafío.

—¿Algo más, pesquisa? —preguntó.

No sabía cómo salir del paso. No sabía cómo decirle que era un estúpido, que se fiaba de las palabras de cualquier mujer que fuera hermosa y que, por tanto, creía lo que le había dicho.

Optó por callárselo, y respondió:

—Muy poco, precioso. Desearía que me tuviera al corriente de cualquier anomalía que... Quiero decir que...

—Sé lo que quiere decir. Es lo mismo que a su vez desearía el teniente Mac Harrison. Y tenga por seguro que así lo haré. Si llama o intenta ponerse en contacto conmigo, avisaré al Departamento de Homicidios. Ahora, si no desea otra cosa, déjeme en paz, pues tengo mucho trabajo.

—¿Para un asesino?

—Yo no vi que matara a nadie. No olvide eso, como tampoco debe olvidarlo la policía. Se marcha ya, ¿verdad?

Se volvió en redondo hacia la puerta y fue tras ella observando el suave balanceo de sus caderas.

En la misma Terry se apartó un poco para dejarle pasar y Dereck abandonó el apartamento. Una vez en el pasillo, se volvió para mirarla.

Se encontraba en el umbral, observándole a su vez, con una extraña expresión en el semblante.

—¿Qué noche tiene libre, muchacha?

Terry le dedicó una sonrisa, que era todo un poema, y respondió:

—Para usted ninguna, pesquisa.

—¿Por qué? ¿No le soy simpático?

La sonrisa de Terry se amplió.

—Sí, mucho —respondió—. Pero la plaza ya está tomada.

—¿Eliot Barclay?

—Averígüelo si puede.

Retrocedió un paso, cerró la puerta dando un portazo, y desapareció de la vista de Dereck dejando en sus retinas toda su esplendorosa figura.

Tomó un taxi, que le llevó hasta el lugar donde la noche anterior dejara estacionado su coche, empuñó el volante, y se encaminó al domicilio de Larry Templar.

No estaba. Aquello le hizo pensar. Pensar y temer por él.

Si por una causa u otra, para él desconocida por completo, Eliot Barclay iba eliminando a todos los que aquella noche estuvieron en la quinta de Manning, éste también se encontraba en peligro.

Incluso Paula, por lo que Lana hubiera podido contarle.

¿Era por lo que ocurrió aquella noche o había otro motivo en aquellas muertes?

Sin lograr contestarse satisfactoriamente a ninguna de sus preguntas, de nuevo regresó al coche y ahora condujo hacia el edificio donde tenía sus oficinas.

Una vez allí, Dereck ocupó su lugar detrás de la mesa despacho, sacó del cajón la botella de *whisky*, puso los pies sobre el tablero, encendió un cigarrillo, que dejó colgado en la comisura de la boca, según costumbre, y empezó a pensar.

En Velda. Sin saber que, a partir de su regreso a Nueva York, las cosas se iban a precipitar en forma enloquecedora, aunque como se ha dicho, él no tenía ni la más ligera idea de ello, en aquel momento.

Ni tampoco lo sospechaba, que era lo peor.

Estaba recordando, una vez más, todo aquel tinglado, desde que Whanda Blair tuvo la mala idea de presentarse por primera vez ante él, hasta el momento presente, cuando sonó el timbre del teléfono.

Dereck consultó el reloj.

Las siete y treinta y cinco minutos de la tarde.

Levantó el auricular, pensando en el teniente Mac Harrison. Pero no era él.

Se trataba de Velda.

—¡Hola, John, cielo! —Fue su primer saludo—. Te he estado telefoneando a varios sitios. Incluso al bar de

O'Neill,

pero veo que te has comportado como un buen chico y te encontrabas en la oficinas.

Dereck vaciló entre mandarla al diablo o no hacerlo, pero antes que resolviera la duda, ella añadió:

—Tengo lo que deseabas, querido.

Calló, y entonces Dereck pudo preguntar:

—¿Desde dónde me telefoneas, desde Chicago?

En el acto la oyó reír alegremente.

—¡Tonto! Me encuentro en Nueva York. En el apartamento.

Anda, ven. Te espero.

—Escucha, Velda, querida —replicó Dereck—. ¿Por qué no eres una buena chica y me lo cuentas por teléfono? O en todo caso, si lo deseas, tráeme a la oficina todo lo que hayas conseguido en Chicago. Vamos, te estoy...

—Ni lo uno ni lo otro, John, amor —le interrumpió.

En el acto, oyó el ruido que hacía el auricular cuando lo colocó sobre su soporte, y la comunicación quedó cortada.

Maldijo unas cuantas veces hasta que se dio cuenta de que por aquel camino no adelantaría nada, y entonces tomó la botella y bebió directamente. Al terminar con el largo trago se puso en pie y, después de cerrar la oficina, salió a la calle.

Veinte minutos más tarde abría la puerta del apartamento.

Velda se encontraba en el *living*, que se volvió a mirarle, que le sonrió tímidamente, y que, acto seguido, se arrojó en sus brazos en una corta y rápida carrera.

Cuando el largo beso terminó, Dereck la separó de sus brazos y preguntó:

—¿Algo importante, querida?

Velda le besó suavemente en los labios, antes de responder:

—Creo que no, John. Son recortes, apuntes tomados de los periódicos, pero no dicen nada nuevo de lo que ya sabemos.

—Dámelos, ¿quieres?

Tres minutos más tarde, y mientras ella continuaba trasteando por el interior del apartamento, Dereck se sentó en el sofá, frente a un vaso de *whisky*, leyendo las notas y los recortes que Velda le había traído de Chicago.

Cuando terminó se dio cuenta de que ella tenía razón, salvo en una cosa.

Si bien toda aquella historia la sabía ya, también había algo más. En uno de los recortes del periódico local de Harvey había una fotografía de dos mujeres y un hombre.

Un hombre que Dereck no había visto en su vida. Que posiblemente nada tenía que ver con Manning ni con su suicidio, y mucho menos con el asesinato de Al Perkins y Cora St. Loman, por lo que no se fijó mucho en él.

En cambio, las dos mujeres era algo distinto, y no por lo hermosas, sino porque el rostro de una de ellas le recordaba el de

alguien.

Empezó a pensar a marchas forzadas. Luego, en forma un tanto precipitada, tomó el vaso, apuró el *whisky* de un trago, y se puso en pie.

Hecho esto, examinó la «Magnum» y, una vez satisfecho, la volvió a la funda de la axila, justo cuando Velda aparecía procedente de la cocina.

—Sí, John...

—Tengo que irme ahora mismo, preciosa.

Se le acercó, y Dereck cerró los ojos, sencillamente porque mareaba.

—Pero, John, querido...

Era todo un reproche, pero mal que le pesara, no podía hacer caso de él. Lo que creía haber descubierto a causa de aquella fotografía, no admitía demora alguna.

Abrió los ojos y la tomó por la barbilla. Se besaron, y luego ella escondió su linda cabeza en su pecho.

Dereck acarició su pelo.

—He descubierto algo importante con respecto a la muerte de Lana Barris, querida, y debo ponerlo en conocimiento del teniente Mac Harrison, aunque no me guste, y ahora mismo. Estaba en uno de los recortes que trajiste de Chicago, ¿comprendes?

—No, John, no del todo...

—De acuerdo, Velda, volveré pronto, y entonces te lo contaré todo, ¿sabes? Ahora sé quién mató a Lana Barris, y debo ponerlo en conocimiento del Departamento de Homicidios. Eso es todo.

Pero no lo era, ya que estaba mintiendo, aunque sólo fuera en parte.

—Puedes llamarle por teléfono, querido —dijo, mirándole con sus grandes y negros ojos llenos de asombro.

—Por favor, Velda, muchacha...

—De acuerdo, John, querido.

—Así está mejor, muchacha —respondió Dereck.

La besó suavemente y avanzó hacia la puerta. Llegaba a ésta cuando Velda preguntó:

—John, ¿de verdad sabes quién asesinó a Lana Ba...?

—Sí, preciosa, y la clave me la has traído tú.

—¿Qui...? ¿Quién es?

—Eso, muchacha, te lo diré cuando regrese.

Y desapareció de su vista mucho antes de que pudiera decir nada más.

La misma doncella de siempre le abrió la puerta. Durante unos segundos, ambos se miraron, y luego Dereck dio un paso al frente, pero ella retrocedió otro, frunciendo el entrecejo.

—¡Es usted...! ¡Valiente plantón!

—No fue culpa mía, sino del teniente Mac Harrison, querida —respondió Dereck—. Mataron a una mujer y quiso que yo viera su cadáver. Ahora, si ya estás satisfecha, ¿puedo pasar?

A pesar de su tuteo, Magge no correspondió al mismo cuando replicó:

—Pase, si lo desea, Dereck —dijo, apartándose de la puerta—. Ahora, ¿quiere decirme a quién desea ver?

Dereck hizo una mueca, aunque aquella actitud no le preocupaba ni poco ni mucho, pues sabía a ciencia cierta que, a partir de aquel momento, ya no la volvería a ver.

—¿Está *miss* Richarson? —preguntó.

—Sí. Pase al despacho de *miss* Blair, mientras la aviso que usted desea hablar con ella.

Dereck se introdujo en él.

Whanda estaba contemplando la noche a través de la abierta ventana y se volvió en redondo cuando le oyó entrar.

Arqueó una de sus finas y elegantes cejas y exclamó:

—¡Ah! ¿Es usted?

Dereck aspiró aire antes de contestar:

—Sí, yo, Silvia Carrigan. ¿O no me ha estado esperando durante todo este tiempo?

Whanda no se movió ni dijo nada durante unos segundos. Y cuando lo hizo, dijo exactamente lo que Dereck esperaba:

—¿Qué nombre me ha dado? ¿Es que está usted loco?

Dereck se permitió una ligera sonrisa antes de responder:

—No estoy loco y usted lo sabe, Silvia. Usted procede de Harvey y no se llama Whanda Blair, sino Silvia Carrigan, hermana de aquella otra mujer que murió en la quinta de Manning, hace dos o tres años, ¿verdad? Usted mató a Lana, aunque lo hizo por mediación mía. Y lo hizo bien, sólo que salió mal para usted. A

usted, Silvia, no le importaba ni poco ni mucho lo que pudiera ocurrirle a Paula Richarson. No le importaba que alguien la amenazara de muerte, e incluso que la mataran. Sospecho que vino a Nueva York a raíz de la muerte de su hermana, con ánimo de vengarse de la mujer por cuya culpa había muerto. Juró, vengarla y durante todo este tiempo estuvo ideando un plan que fuera perfecto para eliminarla, sin riesgo alguno para usted, y casi lo consigue.

Dereck hizo una breve pausa, pero ella permaneció completamente inmóvil frente a él, por lo que continuó:

—Le explicaré lo que creo que ocurrió, Silvia. Usted, estando en Harvey, se enteró de la muerte de su hermana por los periódicos neoyorquinos. Entonces decide venir. Una vez en Nueva York, busca influencias para colocarse cerca de las gentes que tengan algo que ver con Manning, a pesar de que éste ha muerto también. Conoce a Paula Richarson, y no por nadie que intervenga en su favor, sino porque averigua que ella se interesa por Lana Barris, la mujer que ha fraguado la muerte de su hermana. Hace lo imposible por conseguirlo hasta que finalmente obtiene un puesto de confianza a su lado. Ésa es su máxima aspiración. Ya tiene lo que desea, y entonces madura un plan. Un plan que se basa en unos anónimos que ésta recibe con bastante frecuencia. Pero antes debo decirle que no empieza a elaborarlo hasta que, por mediación de la misma, no descubre el paradero de Lana. Entonces va allí con Paula. Va tantas veces como ésta tiene necesidad de verla. Esto contribuye a que Lana no desconfíe de usted. Conseguido esto, su mente empieza a trabajar hasta que un día, usted misma prepara una bomba. Usted la construye. Es una buena electricista, entre otras cosas, como lo demuestran las palabras que me dijo, refiriéndose a mi coche, ¿no? Aquella mañana, y me refiero a la que vino a mi despacho, se acerca a ver a Lana; supongo que ésta se encuentra en el baño, lo que le permite conectarla al timbre de la puerta. A usted no le importa que sea la propia Paula la que la haga volar en pedacitos u otro cualquiera. Pero desea estar segura de que aquello ocurrirá, y viene a mi despacho diciendo que está asustada porque alguien amenaza la vida de Paula Richarson, la mujer para la cual trabaja. Entonces... Bueno, lo ocurrido hasta este momento, Silvia, usted lo sabe tan bien como yo.

Whanda se pasó la mano por su tersa y juvenil frente y

respondió:

—Salvo ligeras variantes, todo ha ocurrido como dice. Lo que siento es que tropecé con un tipo demasiado listo para mí. Sí, fue así, y no me arrepiento de haberlo hecho. Lana, con ayuda de Manning, era una traficante en drogas. Algo sucio y pestilente, Dereck. Por tanto, no, y mil veces no. No me arrepiento de haberlo hecho. Y sí, yo soy la hermana de Mona Carrigan. ¿Qué piensa hacer, ahora que lo sabe, fisgón?

Dereck sintió piedad por ella. Sintió, sobre todo, admiración. Otro, quizá el mismo, y debido a las circunstancias del caso, hubiera hecho exactamente igual, pero debía cumplir con un deber.

Por tanto, no replicó. No podía. Eso era todo.

Lentamente, apartando los ojos de Whanda, se acercó al teléfono y levantó el auricular.

Entonces oyó su voz, que llegó a él como en sueños:

—Sabía que ésa iba a ser su respuesta, John Dereck. Pero ellos no me detendrán, por lo menos viva. No, porque ningún tribunal tendría en cuenta unos motivos como los míos. El tribunal es frío..., muy frío, John. Tan frío como la misma muerte.

Y entonces retrocedió de un salto, subió al alféizar de la abierta ventana, y se dejó caer hacia atrás. Gritó. Fue un grito que le puso el vello de punta y que le hizo estremecer de pies a cabeza. Un grito que fue decreciendo, a medida que caía y caía, hasta que cesó bruscamente.

Horrorizado, Dereck se apartó de la ventana, para enfrentarse en el acto con la figura, horriblemente pálida, de Paula, que se tambaleaba, a punto de caer.

Mediante un esfuerzo se rehízo y corrió hacia ella, y, en menos de un segundo, la tuvo entre sus brazos, con su hermosa cabeza escondida en su pecho.

Y durante largo tiempo permanecieron estrechamente unidos hasta que el ruido de las sirenas de la policía les hizo separarse con violencia.

Dereck regresó a la ventana. Miró. Allá abajo, la circulación se había detenido mientras que la gente que avanzaba por la acera formaba ahora un círculo en torno a lo que quedaba de Silvia Carrigan.

Volvió al lado de Paula.

—Ha... Ha sido horroroso, John.

Dereck estaba de acuerdo con ella en aquel punto. Pero lo que dijo fue:

—Lo oíste todo, ¿verdad?

—Sí, John. Por eso lo encuentro doblemente horroroso. ¿Quién me iba a decir que mi secretaria era nada menos que Silvia, la hermana de la que murió...? ¡Oh, John, creo que ella esperaba esto! Si no este final, sí que le ocurriera algo.

Dereck la miró con estupor.

—Explícate, por favor.

—Espera aquí un momento, querido. Vuelvo enseguida.

Antes de que él pudiera contestar, Paula dio media vuelta y se alejó. Cuando desapareció por una de las puertas, Dereck se dejó caer en un sillón, pensando que el teniente Mac Harrison no tardaría mucho en subir al piso. Unos cuantos minutos, los que empleara en identificar los restos mortales de Silvia.

Pero Paula llegó antes que el teniente.

Dereck la vio aparecer frente a él, con el semblante tan serio como el de un Buda y llevando en la mano derecha un alargado sobre blanco.

Se lo entregó, diciendo:

—Hace un par de días... —dijo. —Silvia, me lo entregó diciendo que si algo le ocurría, lo pusiera en tus manos. Ella... Bueno, con esto no haga nada más que cumplir con su voluntad.

Dereck empezó a dar vueltas al sobre hasta que, de pronto, el recuerdo del teniente Mac Harrison le golpeó el cerebro y decidió abrirlo.

Era una fotografía y un negativo.

Examinó la primera y estuvo a punto de saltar del sillón en que estaba sentado.

Larry Templar, Eliot Barclay y Al Perkins.

Los tres se encontraban allí, y los tres estaban haciendo algo. Sencillamente, trasladaban, en medio de la noche, el cuerpo de un hombre, al parecer muerto, o simplemente desmayado, y aquel hombre era Manning.

¿Por qué? ¿Qué significaba aquello?

Las dos preguntas saltaron a su mente, justo en el momento en que el timbre de la puerta del apartamento empezaba a sonar con

inusitada insistencia.

Levantó los ojos de la fotografía y miró a Paula.

—Creo que es la policía —dijo—. Anda, ve y abre tú misma.

Las guardó mientras ella daba media vuelta y empezaba a alejarse, en tanto que el timbre continuaba repiqueteando, no cesando hasta que Paula abrió.

Medio minuto más tarde Dereck lo tuvo frente a él, seguido de dos de sus hombres.

—Confieso que no le esperaba aquí, Dereck —dijo con una mueca de desagrado—. Pero ya que le encuentro, ¿quiere decirme que es lo que le ha ocurrido a Whanda Blair? ¿Se cayó por la ventana o fue usted quien la empujó?

La pregunta, en otra ocasión quizá le hubiera hecho gracia, pero ahora, maldito si la tenía.

—Ni lo uno ni lo otro, teniente —respondió.

—¿Qué quiere decir con eso, tipo listo?

—Que ni la empujé, ni esa mujer es Whanda Blair.

—¿Qué cuer...?

Dereck no deseaba perder más tiempo, y por tanto le interrumpió:

—Se llamaba Silvia y era hermana de Mona Carrigan, que murió aquella célebre noche en la quinta de Manning. Ella fue la que colocó la bomba en el timbre de la puerta del apartamento de Lana, en venganza por lo ocurrido a su hermana, ¿comprende?

No, no lo comprendía y se sentía molesto por ello. Por eso Dereck no dejó que le interrumpiera, y añadió, todo lo deprisa que pudo:

—Velda fue a Chicago por orden mía, y trajo esto.

Supongo que, con un poco de imaginación, la reconocerá en el acto.

Dereck extrajo del bolsillo los recortes que le habías dado, y se los entregó.

Durante unos minutos Mac Harrison se enfrascó en la lectura, y luego, en la contemplación de la fotografía, Al terminar levantó los ojos y le miró fijamente.

—Creo que todo esto va a tener que explicarlo en el Precinto, Dereck. Ha estado ocultando pruebas a la policía. Ya se lo advertí, ¿no?

Dereck se puso en pie.

—Eso no es cierto, teniente, y usted lo sabe. De acuerdo en que Velda me dio esos recortes, y cierto también que vine aquí antes que usted, y sin decírselo. Pero eso no prueba nada.

—¿No...? —preguntó Mac Harrison, en el colmo del asombro.

—No —retrucó Dereck—. Nada, teniente. Vine aquí porque deseaba saber si era verdad lo que sospechaba. Que ella fue la asesina de Lana Barris. No tuvo inconveniente en explicármelo todo, en confesar, y cuando ya le estaba llamando, se arrojó por la ventana, sin darme tiempo a impedirlo.

Dereck se lo explicó todo, sin olvidar ni una sola como, ni un solo punto. Luego, le miró, en espera de su respuesta, que no tardó en llegar:

—Aun así su deber era avisarme antes de venir aquí, Dereck. De haberlo hecho, tal vez ésa... Silvia Carrigan no hubiera muerto.

Dereck no contestó. No deseaba discutir más con él, perder más tiempo. Pero si dijo:

—De acuerdo, teniente, continúe por ese camino y se perderá lo mejor de la historia.

Mac Harrison frunció el ceño, mirándole atentamente.

—¿Qué historia, Dereck, la de sus mentiras?

Sonrió, llevándose una vez más la mano al bolsillo.

—No, Mac Harrison, nada de eso. Simplemente, que he descubierto un nuevo crimen. Silvia dejó a Paula un sobre para su custodia, con la promesa de que ésta me lo daría, si a ella le ocurría algo. Paula me lo entregó segundos antes que usted llegara. ¿Quiere ver lo que contenía, teniente?

Mac Harrison se le acercó con el ceño presagiando tormenta.

—¡Va a perder la licencia, Dereck! ¡Si continúa burlándose, va a...!

Se interrumpió cuando extrajo el sobre del bolsillo y se lo dio, diciendo de paso:

—Eso para que luego vaya murmurando por ahí que oculto pruebas a la policía.

Su respuesta fue un bufido y a continuación procedió a abrir el sobre.

Mac Harrison tardó bastante en clavar sus ojos en los de Dereck y unos segundos más en formular la pregunta:

—¿Asesinato, Dereck?

—Eso sólo nos lo puede decir una persona, teniente —respondió Dereck.

Mac Harrison miró a sus hombres, le miró a él, luego a Paula, y exclamó, dirigiéndose a ésta:

—Usted, *miss* Richarson, va a quedarse aquí como una buena muchacha, ¿comprende? Pero a disposición de la policía. La necesitaremos para que declare en la encuesta. Por otra parte, desearía saber si usted sabía que Whanda era, en realidad...

—Vamos, teniente —interrumpió ella con perfecta calma—. ¿Y poner con ello en peligro de Lana y mi programa, tan cuidadosamente planeado? No sea tonto, teniente.

Mac Harrison, sin responder, se volvió a mirar a Dereck.

—Vamos —dijo—. Usted va a venir conmigo, ya que no estoy dispuesta a dejarle solo hasta que todo este lío termine.

Salieron. Junto a la puerta, Paula, que les había precedido preguntó:

—¿Nuestro programa...?

—Te veré dentro de unas horas, querida, para hablar contigo —respondió Dereck, mientras Mac Harrison, impaciente, tiraba de él.

No utilizó la sirena y, por tanto, el coche empezó a deslizarse por el asfalto en el más absoluto silencio, que también les alcanzó a ellos, ya que en su interior ninguno pronunciaba palabra.

Hasta que, muy cerca del lugar a donde iban, Dereck lo rompió con una pregunta:

—¿Va a acusarle de asesinato, teniente?

Soltó un gruñido y Dereck no insistió.

Subieron por la escalera y, una vez frente al apartamento, preguntó en tono quedo:

—Teniente, ¿ha sabido algo de Eliot Barclay?

El brazo que Mac Harrison había levantado para pulsar el zumbador se inmovilizó en el aire, y en esta postura, que a Dereck se le antojó ridícula, contestó:

—No, Dereck, y no me diga que usted sí sabe dónde se encuentra. Sería el colmo y no podría resistirlo.

Dereck no contestó. Por tanto, Mac Harrison hundió el pulgar en el blanco botón del timbre, y así lo mantuvo hasta que la puerta se abrió, enmarcando en el umbral la figura de Larry Templar, que les

miró como a dos seres de otro mundo, hasta que sus ojos descubrieron que Dereck iba acompañado de dos policías de uniforme.

—¿Puedo saber qué significa esto y a esta hora de la noche?

—Para la policía cualquier hora es buena, míster Templar —respondió Mac Harrison—. ¿Podemos entrar?

Templar se hizo a un lado para dejarles pasar.

CAPÍTULO IX

—Bien, teniente, ¿quiere decirme qué ocurre?

Templar formuló la pregunta, una vez que se encontraron en el amplio y lujoso *living*, con los ahora fríos ojos fijos en Mac Harrison, que no pestañeó.

Como si quisiera averiguar de antemano qué era lo que éste sabía, o qué era lo que iba a decirle, de desagradable.

Mac Harrison respondió con otra pregunta:

—¿De verdad que no lo sabe, míster Templar?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

Mac Harrison miró alrededor y luego le enfrentó diciéndole:

—Queda usted detenido en nombre de la Ley, por asesinato, Templar. Pero, antes, debo advertirle que todo cuanto diga o exponga puede ser luego utilizado en contra suya. Por tanto, si lo desea, puede llamar a un abogado.

No se alteró, por lo menos aparentemente. Su rostro permaneció completamente impasible, pero cuando replicó Dereck comprendió, por el tono alterado de su voz, que las palabras de Mac Harrison le habían causado una profunda impresión.

—¿De qué crimen me acusa, teniente?

—Del asesinato de Alfred Manning, ocurrido unas horas más tarde de que una muchacha rodara por una escalera, matándose también.

Hubo un silencio después de las palabras de Mac Harrison, que añadió casi a continuación en vista de que Templar daba la callada por respuesta:

—Será mejor que confiese. En mi bolsillo tengo una fotografía con su correspondiente negativo, ¿comprende? La fotografía le muestra a usted ya...

Templar le interrumpió cuando repentinamente se desplomó sobre uno de los sillones.

Desde el fondo del mismo, clavó los ojos en Mac Harrison y replicó:

—Aunque usted no me crea, teniente, yo no lo maté. Eso fue cosa de Eliot Barclay. Éste y Perkins financiaban las películas para la televisión, al mismo tiempo que traficaban en drogas, y por eso lo hizo. Todos estábamos allí cuando empujó a Marga haciéndola rodar por la escalera, y comprendimos que aquello era nuestra ruina, y por eso Eliot decidió quitarle de en medio —hizo una pausa, y añadió al cabo de unos cuantos segundos de silencio, en vista de que nadie le interrumpía—: Empezaré por el principio. Como todas las noches, aquélla también se encontraba borracho, y lo continuaba estando cuando Marga murió. Por eso le fue fácil a Eliot despeñarle por el acantilado que hay a espaldas de la quinta de Manning.

—Usted le ayudó. Por tanto, no puede negar su participación en el crimen.

—No, creo que no. Pero yo me opuse a ello. Entonces, Perkins y Eliot se pusieron como fieras, y temí que también me eliminaran a mí. Pero sobre todo, accedí cuando vi con los ojos que Lana me miraba. Total, entre los cuatro le sacamos de allí, y le trasladamos hasta el acantilado y...

—¿Cuatro? En la fotografía sólo se ven tres. ¿Cómo explica esto?

—Es muy sencillo. Lana, que fue una de las que más empujaron a Eliot a cometer el crimen, salió con nosotros llevando el cuerpo inconsciente de Manning; pero, unas yardas más allá, cayó al suelo, diciendo que se había torcido un tobillo. El resultado fue que nosotros tres le despeñamos, teniente. Pero si hubiéramos sabido lo que iba a ocurrir más tarde, Lana Barris hubiera muerto en aquel instante.

Dereck vio cómo Mac Harrison arqueaba una ceja.

—¿Por qué? —preguntó después.

—Porque esa fotografía que tiene en el bolsillo fue hecha por ella misma.

—¿Cómo la consiguió? ¿Cómo no se dieron cuenta del fogonazo del «flash»?

—No hubo fogonazo. Lana era muy lista, y por tanto empleó... Bueno, creo que le llaman infrarrojos, ¿no?

—Aun así —continuó Mac Harrison—, alguien de los tres pudo

darse cuenta de que ella tenía una cámara fotográfica, ¿verdad?

—Sí, lo sabíamos todos, pero nadie le daba excesiva importancia, teniendo en cuenta que Lana siempre fue aficionada a la fotografía.

—De acuerdo. ¿Qué ocurrió después?

—Que repentinamente, ella se separó de Eliot con el cual iba a contraer matrimonio. Desapareció. Meses más tarde nos envió a todos nosotros una copia de la fotografía, y una carta en la cual nos decía cómo la había conseguido. Por ahí empezó el chantaje. Abandonó el tráfico de drogas, y en este nuevo aspecto era insaciable, teniente. Nos sacó todo lo que teníamos. Todo, y ahora está muerta, me alegro de su muerte...

Se puso en pie, y, mirando fijamente a Mac Harrison, preguntó:

—¿Nos vamos ya, teniente?

—Un momento, Templar. ¿Usted sabía que ella se encontraba en Nueva York?

—No, hasta que me enteré de lo ocurrido por los periódicos. ¡Ojalá no encuentren a su asesino!

Intervino Dereck, por primera vez desde que habían entrado en el apartamento:

—Lo encontramos ya, Templar. Y la mató una mujer: Whanda Blair.

—¿Whanda...? ¿Y por qué?

—En realidad, no se llamaba así. Su verdadero nombre era el de Silvia Carrigan, hermana de la muchacha que...

—Siento... que averiguaran eso. ¡Diablos, Whanda! ¡Cualquiera lo hubiera dicho! Y ahora, ¿qué harán con ella? Lana merecía mil veces la muerte. ¡Pobre Whanda!

Dereck le sacó de su error, a pesar de la mirada reprobatoria de Mac Harrison.

—Silvia Carrigan se mató...

Y en pocas palabras, se lo contó todo.

No le respondió, pero volvió los ojos a Mac Harrison.

—Estoy esperando, teniente.

Dereck recordó a Velda al alcanzar la calle.

Fue entonces cuando se acercó a Mac Harrison y dijo:

—Me están esperando, teniente. Así pues, nos despedimos. Tomaré un taxi que...

—Usted no hará nada de eso, Dereck. Se va a venir conmigo.

—Pero...

—Sea lo que sea será así. Tiene que firmar la declaración de Templar, como testigo, y la suya. Me refiero a la que va a escribir, con respecto al suicido de Silvia Carrigan.

—Eso es...

—No deseo que una vez suelto, Dereck —prosiguió Mac Harrison, como si no le hubiera oído—, se le ocurra otra de sus brillantes ideas y desaparezca de Nueva York. Ya le advertí que hasta que esto no hubiera terminado del todo, no le soltaría.

—¿Me va a detener hasta dar con el paradero de Eliot Barclay?
—preguntó Dereck, con manifiesto sarcasmo.

—No. Le soltaré antes. ¿Y sabe por qué? Porque, para ese caso, confío en usted y en sus ideas.

Mientras entraban en el coche policiaco, Dereck maldijo entre dientes.

Y ahora sí que Mac Harrison hizo sonar la sirena, con lo que llegaron al Precinto veinte minutos más tarde. Y cumplió su promesa. Mac Harrison no le soltó hasta bien entrada la mañana del día siguiente.

Hasta que todo lo relacionado con Larry Templar y el asesinato de Manning quedó completamente terminado, apto para enviarlo al fiscal del distrito.

Sólo entonces pudo irse, con el pensamiento más embrollado que nunca. Pensando en Velda, en que no había cenado la noche anterior, y en muchas cosas más, y todas referentes al caso que llevaba entre manos.

¿Una de sus luminosas ideas, como decía Mac Harrison?

Dereck entró en un «*snack*», donde pidió un bocadillo de jamón y una lata de cerveza. Pensando en Velda, que no era Whanda. En Velda, en Larry Templar y en la comparsa que éste y los demás representaban con Manning. En Eliot Barclay. Un gángster, un asesino.

En Paula Richarson, en la fascinante belleza de Paula y en una mujer rubia llamada Lana Barris.

Pero, sobre todo, en Whanda. Whanda Blair, que no era Whanda Blair, sino Silvia Carrigan, hermana de Mona. En la horrible muerte que le había dado. Accidental, pero muerte, al fin.

En la fotografía y en el negativo, que demostraban que Manning había sido asesinado. ¿Cómo tenía Silvia aquella fotografía en su poder?

Era una respuesta que no tenía respuesta para Dereck, pero que, sin embargo, no hacía nada más que saltar a su mente, una y otra vez, con obsesión desesperadamente.

Una y otra vez..., una y otra vez... Muchas veces más.

Terminó con el bocadillo y la cerveza, y continuó pensando en lo mismo. Allí, en aquella fotografía, había algo que no encajaba. No, no encajaba, de ningún modo, por lo menos no en la forma que había tenido que recibirla. Había algo más. ¿Qué era?

Dereck pagó la consumición y, abandonando el taburete en que se sentaba, avanzó hacia la puerta. Whanda no era Whanda sino...

No llegó. Fue como un chispazo que iluminara las tinieblas entre las cuales se debatía su mente.

Y se detuvo en seco porque aquello era, sencillamente, horrible. Se detuvo, como se ha dicho, y se volvió en redondo, para encaminarse hacia la cabina telefónica.

Dereck tomó el auricular y disco. Dos segundos más tarde oyó la voz de Velda al otro lado del hilo:

—¿Sí...?

—Soy yo, Velda...

—¡John! Pero es que...

Dereck la interrumpió casi violentamente, y con una pregunta que la sorprendió:

—Velda, entre tus muchos conocimientos ¿tienes alguno en el Departamento de Personas Desaparecidas?

—Pero, John...

—¿Sí, o no, Velda, querida?

—Bueno, yo... Sí, John, un tal Chett Malcom. Pero ¿qué se te se ha perdido ahora?

Dereck no tenía gana de broma, pero aún así respondió:

—Una mujer rubia, querida. ¿Algo en contra?

—Deja que nos veamos y te responde...

Dereck la interrumpió por segunda vez.

—Telefonéale ahora mismo, Velda, amor, que voy a ir a verle. Estaré allí dentro de veinte minutos... ¿Lo harás?

—¿No puedo saber de qué se...?

—Luego, Velda. Y por favor...

—De acuerdo, pesquisa entrometido, lo haré ahora mismo.
¿Algo más?

Pero Dereck había colgado el auricular.

Salió a la calle. Veinte minutos más tarde alcanzó la calle 43, detuvo el coche frente a la puerta de entrada del Departamento de Personas Desaparecidas, y buscó a Chett Malcom.

Como suponía, Velda ya le había avisado de su visita, y se encontraba esperándole.

Preguntó por una rubia. Por si alguien, días atrás, había denunciado la desaparición de una rubia.

Había tres. Dereck se decidió por una. Una tal Molly O'Connor, hermosa muchacha que se hospedaba en una pensión de la calle Hudson, cerca del río.

Lo hizo así porque la denuncia la había hecho la dueña de la pensión, mientras que en las otras dos había sido la familia.

Entre unas cosas y otras, a Dereck se le fueron más de tres horas antes de que se viera frente a la pensión, hablando con la dueña.

Una mujer desgredada, algo sucia, gorda y fofa.

Y tomó la palabra apenas le abrió la puerta.

—Dereck, del Departamento de Personas Desaparecidas —dijo—. Usted denunció la desaparición de Molly O'Connor, ¿verdad?

Ella le miró con gesto suspicaz.

—Los del Departamento ya estuvieron aquí.

—Lo sé. Pero ahora vengo yo. Verá, después de estos días, hemos tenido algunas pistas, y deseamos comprobar unos cuantos datos. ¿Cómo ocurrió todo? ¿Quiere repetírmelo?

Continuó mirándole fijamente, respirando con alguna dificultad, hasta que contestó:

—Escuche, no tengo motivos para saber si usted me está diciendo la verdad, amigo. Por tanto, enséñeme su documentación, o ahueque el ala.

Dereck sonrió.

—Está bien —dijo, sacando un billete de diez dólares—. No pertenezco al Departamento, pero tengo interés por esa muchacha.

¿Hablamos dentro?

—Continúo sin enterarme del porqué —replicó.

Dereck hizo un gesto de resignación y extrajo un nuevo billete.

—Mire, preciosa, hasta aquí puedo llegar, ¿comprende? Cien dólares o nada. Es decir, sí —añadió iluminado por una súbita inspiración—. Esto, o dentro de unos minutos tendrá aquí al teniente Mac Harrison del Departamento de Homicidios. ¿Qué prefiere?

Silenciosamente se apartó de la puerta y Dereck entró.

—Vamos, desembuche de una vez. ¿Qué quiere saber?

Dereck estuvo a punto de soltar un suspiro de satisfacción.

—¿Por qué denunció su desaparición?

—Se marchó una mañana y ya no volvió. Creo que es suficiente, ¿no?

—Sí, claro. —Dereck hizo una pausa, y preguntó al cabo de unos segundos de silencio—: ¿Trabajaba en alguna parte?

—Sí —le dio las señas y a continuación añadió—: Telefoneé allí y mister Cass Vance me dijo que no la había visto desde hacía un par de días. Esperé y ella no se presentó. Como me debía el alquiler, y, por otra parte, era una buena muchacha puse el asunto en mano de las autoridades.

—¿Quién es ese Vance? ¿Lo sabe usted?

Frunció el ceño.

—Con seguridad, no. Es un agente. No sé si de teatro de cine o... Molly deseaba ser artista. Deseaba trabajar en la televisión. Ella pagaba, según me dijo, para que ese Vance le encontrara un buen puesto. La chica era muy hermosa.

Dereck ya no la escuchaba, aunque esperó a que terminara de hablar, y tampoco hizo más preguntas cuando acabó. Se limitó a darle sus cien dólares, con el vago presentimiento de que no había sido en vano.

No lo fue. Dereck lo supo media hora más tarde cuando, en pleno Manhattan, se enfrentó con Cass Vance, en su oficina del piso veinte en aquel edificio de apartamentos para dichos menesteres.

A primera vista, a Dereck no le gustó.

Alto, de pelo negro, ondulado, perfumado, de ojos grandes, también negros, y guapo. Por lo menos, eso es lo que él pensaba de su persona.

Cuando su pelirroja e interesante secretaria les dejó solos, Dereck extrajo la cartera y le mostró su tarjeta de identidad.

Vance arrugó el entrecejo, se retrepó contra el respaldo del sillón donde se sentaba, detrás de la mesa despacho, y murmuró:

—Un privado... Francamente, no esperaba nada parecido. Y, ¿en qué puedo servirle?

—Deseo una información, míster Vance. Una información respecto a una de sus clientes.

—Sí, ¿eh? ¿Y quién le ha dicho que voy a dársela, pesquisa?

Dereck se permitió una sonrisa.

—Yo. Por tanto, no voy a perder el tiempo. Si se niega, tendrá aquí, dentro de un par de minutos, a todo el Departamento de Homicidios, y no creo que eso le guste mucho. Así, que deseo saber dónde fue a parar una chica llamada Molly

O'Connor.

Ella deseaba ser artista, y le pagaba a usted para ello. Cierta mañana se marchó de la pensión en que se hospedaba, y como se da el caso de que no ha vuelto, y de que usted tampoco sabe nada, según la dueña de la pensión, deseo que me diga dónde fue, desde aquí, el último día que vino a verle.

—No sé de qué me está hablando, amigo. Cierto que conocí, que conozco a Molly, pero desde hace un par de meses no sé qué ha sido de ella. No la he vuelto a ver desde aquella fecha, aproximadamente.

Lentamente, Dereck se acercó a la mesa. Alargó la mano derecha hacia el teléfono y lo descolgó. Empezó a marcar, pero Vance no le dejó.

—¿Que cuernos...? —Se puso en pie—. ¿Qué intenta?

—Llamar a la policía. ¿Algún inconveniente?

Vance dio marcha atrás, cuando dijo:

—Espere, pesquisa.

—¿Sí...? Paro no mucho. ¿A dónde fue la chica?

Murmurando algo entre dientes, que Dereck no entendió, rodeó la mesa y se acercó a un pequeño fichero que había adosado a la pared. Lo abrió, estuvo buscando durante dos o tres minutos, y luego se volvió hacia él, con una blanca cartulina en la mano.

Se la dio.

Molly

O'Connor,

natural de Kansas, veintitrés años de edad, rubia, etc.

Continuaba la descripción de la muchacha, pero sin ningún dato de interés, por lo menos para Dereck.

Sin soltar la cartulina, preguntó:

—¿A dónde fue?

Vance le miró, vaciló, y Dereck pensó que aquellos tipos eran todos iguales. No les gustaba dar información, aun en el caso de que no hubiera nada malo en ellos.

Por fin, respondió:

—La chica vino aquí, como todos los días. Le dije que tenía algo para ella. Aceptó y se fue, ¿comprende? Eso... es todo.

—Todo, menos la colocación que le ofreció. ¿De qué se trataba?

—Una mujer ofreció cien dólares, pidiendo una señorita de compañía. Molly se encontraba sin colocación, y aceptó, con la promesa de que, entre tanto, yo le buscaría o la pondría en contacto con...

—Sé todo eso —interrumpió Dereck—. ¿Cómo se llamaba la mujer que llamó?

Y su respuesta le dejó sin aliento durante unos cuantos segundos:

—Cora St. Loman.

Dereck esperaba algo parecido, pero nunca el nombre de Cora. Era algo así como si Vance le hubiera dicho que Molly iba a trabajar para Velda.

¡Era el colmo!

—Deme esas señas.

Lo hizo, y coincidían, aunque no eran las de Cora, ni mucho menos, y aquello no le sorprendió porque verdaderamente lo esperaba.

Abandonó el despacho, sin pronunciar una palabra más. De pasada, Dereck lanzó un beso a la pelirroja secretaria y salió a la calle.

CAPÍTULO X

Dereck consultó el reloj y disco el número.

—Hola, Paula, muchacha —dijo, tan pronto como ella se puso al aparato—. ¿Por qué no cenamos juntos esta noche?

Al otro lado del hilo, Paula contuvo el aliento, pensando.

—Bueno, John, querido —replicó—. ¿Vas a venir aquí?

—Verás —respondió Dereck—, como se trata de que también vamos a hablar de tu programa, propongo que vengas tú a mi apartamento. ¿Qué te parece?

Vaciló unos segundos, luego la oyó suspirar y respondió:

—¿A qué hora debo ir?

Dereck fingió pensarlo unos segundos, y contestó:

—Creo que tendré tiempo de ir a recogerte, ya que telefono desde bastante cerca de tus oficinas. ¿Qué te parece a las ocho y media?

Le dijo que sí y Dereck colgó.

Hecho esto, abandonó la cabina telefónica, regresó a su coche y condujo hasta un restaurante italiano, en plena calle 16, donde comió y cenó, todo al mismo tiempo, ya que, según propios cálculos, lo de la cena, por aquella noche, iba a constituir un verdadero problema para él.

Al terminar, Dereck consultó el reloj. Las siete y cuarenta y cinco minutos.

De nuevo condujo, ahora rectamente hacia donde Paula tenía su apartamento. Lo hizo lentamente, pero a pesar de ello, llegó allí con más de veinte minutos de adelanto.

Buscó un bar, se acomodó en la barra y pidió una copa de Bacardí.

Dereck, pensando, bebió a pequeños sorbos. Pensando en Velda, pero no en la chica del calendario del bar de Olsen O'Neil.

Repentinamente se encogió de hombros, recordando a Paula. Una vez más consultó el reloj y entonces apuró el Bacardí, de un trago.

Eran las ocho y veinticinco minutos cuando empezó a apretar el botón del zumbador correspondiente al apartamento de Paula.

Y la encontró vestida de calle, esperándole.

Una Paula deliciosa que, apenas verle, preguntó:

—¿Nos vamos ya?

Dereck dijo que sí, Paula cerró a sus espaldas y salieron.

La llevó al «Cadillac», y, unos segundos más tarde, se encontraba conduciendo a través del intenso tráfico de las calles neoyorquinas, con el pensamiento puesto en una sola pregunta: ¿Sabría ella cuál era la dirección de su apartamento?

No debía conocerla ya que no dijo nada. Y al pensar así fue cuando Dereck se formuló otra. Y la segunda ¿la sabía?

No tardó en darse cuenta de que aquella noche, era la de la suerte para él. ¿Sí? Bueno, no era cosa de dudar en aquel momento en que...

Dereck interrumpió el hilo de sus pensamientos, ya que Paula estaba preguntando en aquel instante:

—¿A qué se debe ese silencio, John?

Dereck forzó una sonrisa.

—Perdona, querida —dijo—. Pero rilaba pensando.

—¿En quién? —quiso saber.

—En ti —respondió Dereck, con todo el cinismo.

Paula rió, y acto seguido le pregunto si se encontraba dispuesto a presentarse frente a las cámaras. Dereck asintió, y, por unos segundos, ella le dedicó una de sus mejores sonrisas, y sabía sonreír.

Estaban llegando, por lo que Dereck redujo la velocidad, hasta que detuvo el coche frente a la puerta de aquella casa de apartamentos.

Descendió, dio la vuelta por delante del motor, y abrió la portezuela para que descendiera Paula.

Unos segundos más tarde, ella, ya en la acera, le enfrentó, preguntando:

—¿Qué tenemos para cenar?

Dereck sonrió.

—Encargué la minuta al restaurante de la esquina, preciosa —

dijo—. No sabía que tal cocinera eras y...

Su risa de cascabel le hizo cosquillas en la nuca, y aquéllas se acentuaron cuando le tomó del brazo y tiró de él.

—Vamos, John. Estoy impaciente por saber cómo vives en la intimidad.

Subieron en el ascensor, y, tres minutos más tarde frente a la puerta del apartamento, Dereck empezó a rebuscar en el interior de sus bolsillos.

Su gesto era completamente consternado cuando rebuscó por segunda vez, bajo la atenta mirada de Paula, hasta que extrajo un manojo de ganzúas.

Paula agrandó los ojos, antes de empezar a hablar:

—John, ¿qué significa es...?

—Nada, querida —interrumpió Dereck—. Simplemente una cosa muy sencilla. Perdí las llaves o me las olvidé en el interior del coche. Por tanto, abriré con esto. Estamos en mi apartamento, y es difícil que alguien venga a reclamar sobre los métodos que empleo para abrirlo o cerrarlo.

Paula pareció convencida, ya que no contestó.

Por fin entraron. Dereck la condujo al *living*, donde la dejó sentada en el sofá, pretextando que tenía que ir al frigorífico, pero mentía como un bellaco.

Registró el apartamento. Eso fue lo que hizo. Luego regresó al *living* y la llamó.

—Ven conmigo, Paula. En la biblioteca estaremos mejor.

Fue, sonriendo.

Se sentó en uno de los sillones, y Dereck rodeó el mostrador del pequeño bar que había en la misma, y preguntó:

—¿Qué vas a beber, querida?

Paula le miró a los ojos y respondió con otra pregunta que le desconcertó:

—¿De verdad vives en este apartamento, John, querido?

—¡Claro! ¿Dónde, si no?

Paula encogió levemente sus bellos hombros y no dijo nada. Es decir, lo hizo, pero contestando a su primera pregunta:

—Un *whisky*, John.

Dereck empezó a prepararlo mientras que, de paso, aprovechando que miraba a otro lado, llena de curiosidad, extrajo

la «Magnum» y la colocó sobre el mostrador, cubriéndola con un paño.

Entonces le llevó su *whisky*, se lo dio y regresó a la trasera del mostrador, donde se preparó otro.

Luego la miró.

—Paula —dijo repentinamente—, ¿quién te dio los nombres de los tres, cuatro o los cinco miembros que componían el clan de Manning?

Se volvió rápidamente hacia él, y clavó sus inmensos y hermosos ojos en los suyos.

—Lana, querido. Creo que ya te lo dije, ¿no?

Dereck bebió hasta mediar el vaso.

—Sí —respondió—, lo dijiste. Lana Barris, ¿no? La mujer que yo maté, ¿verdad?

—Sí, claro. ¿Qué otra si no?

Dereck se permitió una sonrisa, y bebió por segunda vez.

—Si es así —comentó—, es bastante raro.

Paula arqueó una ceja y bebió también. Al terminar preguntó:

—¿Raro por qué?

—Verás, querida —respondió Dereck, después de apurar el *whisky*—; me explicaré. Todo empezó hace dos o tres años, en la quinta de Manning, cuando éste, completamente ebrio, empujó a una mujer por la escalera...

Pacientemente, empezó a relatarle todo lo ocurrido hasta que llegó al episodio en que Lana Barris dijo se había torcido un pie y a partir de entonces continuó:

—Lana, querida, como traficante en drogas, era una criminal empedernida. Su mente infernal acababa de idear otra de las suyas, al inducir a Eliot Barclay, su prometido, a que liquidara a Manning por los motivos expuestos. Sacó una fotografía del grupo cuando éstos llevaban el cuerpo de éste para despenarlo por el acantilado. Luego, días o meses más tarde, Lana se separó de Barclay. Se fue de su vida, sin dejar rastro. Desapareció. Al cabo de algún tiempo, éste, Templar y Perkins recibieron una copia de la fotografía con la petición de unos dólares por callar. Así empezó el chantaje de Lana contra todos los que fueron sus amigos. Una y otra vez, hasta que les arruinó. ¿Me sigues, querida? Pues si es así, escúchame con atención, que ya termino.

»Lana les arruinó. Entonces fue cuando ideó el final de su diabólico pían, sabiendo que un gángster como Barclay jamás la perdonaría. Que la mataría, si llegaba a tropezar en alguna parte. Pero antes, Paula, debo decirte que ella se tiñó el pelo, se peinó de distinto modo al que le era habitual, y se hizo operar el rostro. La cirugía plástica hace milagros, querida. Entonces, regresó a Nueva York, y se puso en contacto con un tal Vance. Deseaba una chica. Y no para señorita de compañía sino para que tomara el nombre de Lana Barris. Le puso un apartamento, sabiendo que, más tarde o más temprano, Barclay daría con ella. Eliot u otro de los miembros del clan Manning la matarían. Sospecho que Lana iría vestida como siempre acostumbraba a ir la verdadera, y eso hacía más fácil que la confundieran, en un momento dado.

»Era problemático, por lo que la verdadera Lana empezó a hablar por teléfono. Primero lo hizo con Cora St. Loman, o, mejor dicho, con Barclay, imitando la voz de Cora diciéndole que tenía la fotografía. Ella se encontraba conmigo cuando éste la telefoneó, y cuando, pocos minutos más tarde, intentó matarla. Y sospecho que del mismo modo trató de imitar a Perkins, y éste también murió, lo mismo que Cora. Lana buscaba que ellos se eliminarán entre sí. Ya no le hacían falta. La fuente de ingresos se cortó por falta de fondos. Por otra parte, les tenía miedo. Temía que, si fracasaba con el asunto de la falsa Lana, alguien descubriese su verdadera identidad, y terminaran por asesinarla. Entonces intervino Whanda o Silvia Carrigan, y todo se enredó, Paula.

Al terminar de hablar, un extraño silencio se extendió entre los dos, que rompió el propio Dereck, en vista de que ella no decía nada:

—Lo que siento es que Whanda muriera sin saber que la mujer que mató no era Lana Barris, querida.

Arqueó una de sus finas cejas, en señal de sorpresa, y ahora sí que respondió:

—¿No? ¿Y quién era, entonces, querido?

—Una muchacha llamada Molly

O'Connor.

Por eso te dije que encontraba rara la cosa. Ella, sin ser Lana, no podía darme aquellos nombres. Me refiero a Barclay, Perkins y Templar. No les conocía, no les había visto nunca. Por otra parte,

Whanda tampoco les conocía. Whanda, o Silvia, cuando su hermana murió, se encontraba muy lejos de Nueva York. Estaba en Harvey, una población cercana a Chicago. Por tanto, sólo una persona podía conocer todo aquello. Tú, Paula. Tú, porque tú eres la verdadera Lana Barris. ¿Me equivoco? Apuesto a que no.

Paula se puso en pie, con el vaso de *whisky* en la mano, y le enfrentó con los ojos brillantes.

—Creo que estás loco. Jamás oí una historia tan descabellada como ésta.

Dereck se permitió una nueva sonrisa.

—Descabellada o no, Lana, es cierta —replicó, llamándola ahora por su verdadero nombre—. Whanda no era Whanda, ¿comprendes? Lana podía muy bien no ser Lana. Sin saber por qué estuve pensándolo así por espacio de varias horas hasta que decidí investigar por ese lado. Tuve suerte, querida, y encontré a la rubia. Encontré a la falsa Lana Barris. Luego está la muerte, el suicido de Silvia Carrigan, alias Whanda Blair. Con su correspondiente fotografía y negativo. ¿Cómo podía estar esto en su poder? Era completamente inexplicable, y creo que fue eso lo que me hizo sospechar. Cometiste una equivocación al entregármelas. Y lo hiciste por dos cosas. Ya no te interesaban. Ya no te importaba que se supiera que el suicido de Manning no era sino un brutal asesinato. Habías exprimido el limón hasta que se quedó sin jugo, y eso era todo. Por otra parte, tú ya estabas muerta. Te habían asesinado, mediante una bomba colocada en el circuito del timbre de la puerta de tu apartamento. No te importaba. Y dándomelas en el nombre de Whanda o Silvia, como quieras llamarla, alejabas de ti toda sospecha, si es que había alguna. Has sido y eres una buena artista y, por tanto, hiciste las cosas bien, sólo que al final te salió mal, tal vez por exceso de confianza en ti misma, o porque yo empecé a pensar que Whanda no era quien decía, o viceversa, e investigué por ese lado. Si fracasaba, el asunto ya estaba solucionado a gusto de la policía, y todos contentos; pero no fracasé.

—Será mejor que me marche y te deje solo, John —respondió—. Te estás poniendo demasiado cargante.

Se volvió hacia la puerta y Dereck la llamó cuando apenas si había dado un par de pasos en aquella dirección.

—Espera, querida.

Paula se volvió a mirarle, pero no se le acercó.

—¿Recuerdas el sobre que me diste, con la fotografía y el negativo? —preguntó.

—Sí, claro. ¿Por qué?

—No creí, querida, que al final fueras tan estúpida. ¿No viste con qué cuidado lo tomé por los bordes? Pues bien, lo hice después entregárselo al teniente Mac Harrison para que comparara las huellas de Lana Barris con las de Paula Richarson. Aún no sé el resultado positivo, pero estoy seguro de que tan pronto como tenga noticias, vendrá por ti, querida —mintió Dereck, con el mayor cinismo, ya que aquello no era verdad, ni mucho menos.

Paula no respondió, de momento. Primero se llevó el vaso a los labios, bebió lentamente y luego replicó, mientras que un trozo de librería, que tenía a su espalda, empezaba a girar sobre sus invisibles goznes:

—Está bien, John; yo soy Lana Barris. ¿Qué piensas hacer?

Lentamente, Dereck se volvió hacia la estantería, y tomó una botella de *whisky*. A continuación lo hizo a la inversa. Como esperaba, a espaldas de Lana se hallaba Eliot Barclay, llevando una pesada automática en la mano, con la cual le apuntaba.

Recostado contra el marco de la disimulada puerta no apartaba los ojos de Dereck, pero sus palabras fueron para Lana.

—Buenas noches, preciosa —dijo en tono helado—. Confieso que, si no hubiera sido por míster Dereck, jamás habría sospechado de ti. Tu disfraz es magnífico.

Paula o Lana se volvió como una fiera, y quedó allí, en el centro de la biblioteca, pálida como un cadáver, mirando como fascinada la figura de Barclay.

—Eliot... —murmuró con un hilo de voz—. No... ¡No lo hagas! Yo siempre te he amado. Es... es ver...

La risa seca y sin matices de Barclay la interrumpió, haciéndola estremecer.

—Sí, ya lo sé —respondió en tono sarcástico—. Lo demostraste con aquella fotografía del asunto de Manning, querida. Por eso voy a matarte. Por amor...

Y dejó de apuntar a Dereck cuando desvió el cañón de la automática hacia ella.

Entonces Dereck tomó la suya de debajo del paño para limpiar los vasos y disparó fríamente.

La pesada bala del 45 golpeó a Barclay en un hombro, tirándole contra la pared y luego se ovilló en el suelo, con el semblante tanto o más pálido que el de Lana.

Desde allí miró a Dereck con ojos asesinos.

—¡Maldito, físgón! —estalló—. ¡Ojalá le hubiera matado cuando...!

Por una vez más, Dereck sonrió, palpándose con la mano izquierda, su aún vendada cabeza.

—Pero perdió su oportunidad, Barclay, y, por ello, ahora irá a la «silla» —respondió—. ¿Nos vio entrar juntos, desde el piso de abajo? —preguntó, después de una ligera pausa.

—Sí. Pero... ¿Cómo pudo averiguarlo? ¿Cómo supo que yo me encontraba aquí?

Dereck recordó a Terry Mc Harris, su secretaria, y volvió a sonreír.

—Cierta persona me dijo en una ocasión, que usted, Barclay, moriría si permanecía mucho tiempo lejos de estas oficinas. Al pronto, no caí en ello, y confieso que tardé en entender lo que quiso decirme en realidad. Cuando lo comprendí, traje a Lana. Sabía que usted tenía o tendría esto preparado para un caso de emergencia. Para un caso como éste, ¿verdad?

Barclay no le contestó.

Entonces, Dereck hizo un gesto a Lana y ordenó:

—Ponte a su lado. Y usted, Barclay, si intenta algo contra ella, le mato. No lo olvide.

Retrocedió hasta el teléfono y disco.

Cuando terminó de hablar, Dereck encaró a Barclay.

—¿Qué fue de Terry? —preguntó.

Barclay hizo una mueca, mientras se apretaba con la mano el hombro herido.

—Se marchó, pesquisa. Aquí ya nada tenía que hacer.

—¿Es cierto?

—Claro. Apuesto a que a estas horas ya tiene un nuevo empleo.

Dereck calló, esperando.

Diez minutos más tarde, tenía frente a él a un vociferante teniente Mac Harrison.

Cuando terminó con su horripilante colección de maldiciones y amenazas, Dereck se avino a explicárselo todo y tres horas después se los llevaban a los dos.

Y tres horas y cuatro minutos, también después, Dereck empuñó el volante, recto a su apartamento.

Pensaba en Velda y en la chica del bikini del bar de O'Neil cuando lo hizo.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

